

“Apacentad la Grey de Dios” (1 Pe 5,2)

La Evangelización de América Latina, en las Visitas Ad Limina

Carlos Ignacio González, S.J.

1. Introducción

Algunos fieles, sacerdotes y religiosos más allegados a los obispos se enteran de que éstos han ido “a ver al Papa” en *visita ad limina*. Algunos incluso llegan a saber que sus preladados tienen la obligación de realizarla cada cinco años. Y tal vez pocos, muy pocos, tienen el privilegio de saber de sus labios qué han tratado, y en el mejor de los casos recibirán una medallita de recuerdo. Pero incluso los mismos obispos de una nación pueden tener una idea fragmentaria de los asuntos que sus colegas en el episcopado han discutido con el Papa, y de las orientaciones pastorales que éste les ha dado, porque en general se dirigen a Roma en *pequeños grupos* regionales o nacionales. Y así fácilmente pierden ellos mismos *el conjunto* de las guías recibidas para la evangelización *a nivel nacional* (¡por no decir en escala continental!). Y sin embargo las alocuciones del Papa a los diversos grupos de pastores son una rica mina cuyo metal precioso es en gran parte desconocido, por más que se publique en *Acta Apostolicae Sedis* o en el *Osservatore Romano*.

1.1. *Finalidad y límites de mi trabajo*. Me he propuesto excavar esa mina, y la he encontrado riquísima. He debido limitarme pues al primer turno de visitas que han hecho 51 grupos de obispos latinoamericanos durante el pontificado de Juan Pablo II (de octubre 1978 a marzo 1986, excluyendo la visita extraordinaria a la que fueron invitados varios representantes del episcopado de Brasil, al terminar la primera ronda de visitas de dicho país). En apéndice puede encontrarse la lista por orden cronológico. Citaré con el número correspondiente las visitas en que el Papa ha tratado algún determinado tema.

1.2. *¿Qué presenta el artículo?*: alcanza sólo a trazar las grandes rutas, y algunas complementarias. Intenta ser una especie de guía de carreteras para un viajante, que mira en el mapa el cuadro general y panorámico, por desgracia a costa de las particularidades y de las bellezas del paisaje. Se pierde la exquisita familiaridad del estilo que el Papa se permite al hablar con sus hermanos que condividen con él la misión de apacentar la grey del Señor, aunque él en forma suprema, con la preocupación por todas las Iglesias locales. No se apreciará en un mapa la

palabra afectuosa y personal, la expresión llena de cariño de quien recoge en su corazón para hacerlas una, las alegrías, las tristezas, las angustias, las esperanzas, las limitaciones, las riquezas espirituales, los fracasos y los éxitos de todas y cada una de las diócesis y jurisdicciones eclesiásticas, para unirse con ellas, y para unir las entre sí, con el vínculo de la caridad. Un trabajo como el mío no puede pues, en manera alguna, sustituir los originales, sino únicamente ofrecer con modestia las pistas para contemplar como desde arriba los trazos de las grandes rutas.

Quien mira un mapa distingue por ciertos trazos convencionales las carreteras menores de las grandes autopistas. En nuestra guía podemos seguir dos criterios: la consideración de la importancia de la materia tratada en sí misma, por el énfasis que pone en ella el mismo Pontífice, y en segundo lugar, aunque parezca más prosaico, por la insistencia en repetirla a diversos grupos, lo que se podrá juzgar por los números al margen o entre paréntesis (cuando el Papa trata un asunto en *todas* o *casi todas* sus alocuciones, en vez de repetir tantos números, uso la palabra convencional *passim*).

1.3. *Finalidad de las visitas "ad limina"*. La expresan los mismos discursos, manifiesta en varios aspectos:

1.3.1. *La unión de los obispos con el Papa. Los preladados testimonian*
 4,8,14,15,19,21,26, de esta manera la estrecha unión, de sentimientos y
 28,31,42,49 propósitos con el sucesor de Pedro, para compartir
 6,9,12 las Iglesias locales, y para servir como vínculo de
 unidad entre éstas y el primado de la Iglesia, y
 por él con la Iglesia universal:

"Sabemos que la *visita ad limina*, además de afirmar la colegialidad
 y de hacer vivir los lazos de íntima comunión, en la fe en
 16,39 Cristo y en la vida eclesial, entre la Santa Sede y las diversas
 diócesis, es una invitación a reflexionar, a evaluar, a indicar
 proyectos y a poner a la disposición la propia solicitud de pas-
 tores". (44).

1.3.2. *Signo de unidad de la Iglesia universal*. Porque ante la Iglesia
 y el Papa, los obispos, como cabezas de la Iglesia local, llevan en sí la
 representación de todos sus fieles. No se trata úni-
 camente de un signo convencional y externo, pues
 7,10,11,13,15,18, va más allá de lo puramente canónico y organiza-
 19,20,23,30,31,32, tivo. Más bien habría que colocarlo cerca de la
 33,36,45 manifestación sacramental de la fe, que reconoce
 la Iglesia de Roma como aquélla que preside las demás "en la caridad".
 Estas visitas se deberían entender también en la línea de las *acciones*
proféticas que representan aquello que anuncian: el vínculo de la caridad
 que es el fundamento de la unidad. Por eso el Papa las puede calificar

de "comunidad sacramental y jerárquica con el sucesor de Pedro" (48). Pero junto con ésta encontramos otra raíz teológica no menos profunda: la solicitud común por todas las Iglesias, que colegialmente comparten los obispos con el Pastor de la Iglesia de Roma, si bien presididos por éste. Solicitud que, sin embargo, parte del vínculo de la caridad, y encuentra en éste su fuente (21):

"Por encima del afecto y fraternidad existentes entre el Papa y el episcopado de una nación concreta, toma cuerpo un hecho misterioso que supera nuestras personas y nos introduce en una realidad grandiosa en la que entra de lleno el Espíritu de Cristo, que late y se manifiesta en gracia intercambiada entre la Iglesia de Roma y vuestras Iglesias particulares" (29).

Passim La unidad que forma la Iglesia en la caridad en torno al Papa, y que es compartida no sólo por los obispos sino también por todos los fieles de su diócesis, se manifiesta en las alocuciones papales en múltiples maneras: el Santo Padre invariablemente envía (como lo hacía Pablo) su saludo a todos y cada uno de los fieles, por medio del obispo. No raramente encontramos esas delicadezas referidas a personas particulares, a grupos específicos, a porciones determinadas de la Iglesia local. Podría afirmarse que sin excepción el Papa termina sus alocuciones enviando su bendición a las diócesis y orando por ellas. Constantemente pide a los prelados que en su nombre agradezcan a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos su empeño apostólico y la colaboración valiosísima a la obra evangelizadora de la Iglesia. Abundan los casos en que manifiesta su admiración por las renunciaciones, los inmensos sacrificios, la generosidad casi sin límites con que tantos cristianos se dan a sus hermanos viviendo así su fe de la manera más profunda, y en que los alienta a seguir con alegría y esperanza. No rara vez expresa su deseo de estar presente con ellos para compartir su fe.

1.3.3. *Unificación de proyectos apostólicos.* Sólo de esa convicción teológica (y no al contrario) deriva la necesidad de poner en común y discutir colegialmente bajo la dirección del Santo Padre los planes de la misión evangelizadora, para encontrar en la orientación del Pastor de Pastores no solamente una guía práctica de quien, viendo las cosas como desde más arriba por presidir y tener contacto con las demás Iglesias, puede ofrecer un elemento más de juicio que quizás escapa desde las perspectivas locales; sino también y sobre todo la firmeza, el aliento y la esperanza en el arduo ministerio eclesial (17). Y es aquí precisamente donde me detendré en este escrito, suponiendo (como lo hace Juan Pablo II) las bases teológicas; ya que, establecidos los vínculos de la caridad de Cristo con toda la Iglesia, esa misma "caridad nos urge" al empeño apostólico. Y en esta línea se mueven sus alocuciones.

1.4. *Cómo están hechos sus discursos.* El mismo Papa lo indica constantemente dentro del texto: ha leído en primer lugar las relaciones

1, 6, 7, 9,18,19,
20,21,22,24,25,31,
35,36,37,38,40,43,
44,45,46,47,48,51

que los prelados le han enviado por escrito antes de su visita. Recibe igualmente informes de diversas fuentes, como sus nuncios o delegados apostólicos, superiores religiosos, etc. Luego habla individualmente con cada obispo para informarse en primera persona de los asuntos particulares, discutirlos, aclarar puntos oscuros, etc. Y sólo después, recogiendo todas esas inquietudes, ideas, preocupaciones, proyectos, y estudiando la problemática de cada una de las diócesis en particular y en el conjunto de su relación con las demás de una región o de un país, y tras haber orado, pone en común brevemente aquellos puntos que le han parecido los más importantes de subrayar para cumplir en una Iglesia local más fielmente el mandato de Jesucristo. Así, por ejemplo, dice a los obispos brasileños:

“De vuestras relaciones he podido informarme cómo vuestros diocesanos os buscan por toda clase de motivos, para buscar solución a los más variados problemas: ayuda material y económica, trabajo, cambios de trabajo, mejoramiento de salarios, hospitalización, inscripción en las escuelas, orientación de los hijos, personas ancianas que se convierten en un peso, solicitud de intervenciones, problemas burocráticos pendientes, etc. Quieren sobrevivir a nivel personal, familiar y social. Al leer y escuchar todo esto me viene a la mente la compasión de Cristo por el pueblo, que Marcos nos refiere (Mc 6,31). Al acoger al pobre para servirlo, hasta donde dan los límites de la posibilidad, hacemos lo que Cristo nos ha enseñado cuando se ha hecho nuestro hermano: el servicio al pobre es la medida privilegiada, no obstante que no sea exclusiva, de nuestro seguimiento de Cristo” (47).

Y finalmente dos elementos muy importantes: en primer lugar el Papa muy frecuentemente hace referencia a las cartas pastorales de los obispos de una región o de una conferencia episcopal, e incluso las cita literalmente, apoyándolas o subrayando alguno de sus elementos más importantes. Pero sobre todo el documento final de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana en Puebla, que cita casi en todos sus discursos, es un punto de referencia fundamental e irrenunciable para el trabajo evangelizador de la Iglesia en América Latina. Y así llama este documento “un camino claramente señalado para la evangelización del Continente” (3), y se congratula con los obispos ecuatorianos por haber dedicado una de sus asambleas nacionales a estudiar dicho documento para orientar su trabajo pastoral (13). En algunas ocasiones hace también referencia, aunque en menor proporción, al de Medellín (23,26,35), que indudablemente supone asimilado en el de Puebla.

Todo lo anterior nos hace mirar estos documentos como una expresión de las grandes urgencias pastorales de nuestro Continente, no desde un ángulo particularista, sino desde la perspectiva más completa de la Iglesia

universal. Ni como líneas impuestas "desde la cumbre", sino como el resultado del discernimiento común de toda la Iglesia. Vistas en la perspectiva de una tan vasta participación, las grandes líneas aquí trazadas tal vez ayuden a corregir criterios de prioridades pastorales o puntos de vista que pueden a las veces parecer un poco distorsionados, por mirar los problemas desde un enfoque quizás demasiado particular.

1.5. *Actitudes del Papa.* Suponen, como hemos dicho arriba, la base teológica de la unidad de la Iglesia que le ha sido confiada como un elemento básico de su ministerio. Fincado en tal fundamento, el Santo Padre expresa su solicitud por todas las Iglesias (2 Co 11,28) compartida con todos los obispos (7) y manifiesta su cercanía especial a los pastores que deben guiar al rebaño en circunstancias particularmente difíciles y penosas (16). Sus discursos están llenos de expresiones como ésta: "Pienso con frecuencia en esa Iglesia, sigo sus pasos con particular solicitud y pido insistentemente a Dios, para que sea siempre fiel a su misión, en las condiciones concretas en que vive" (19). Y no raramente se muestra verdadero Pastor de los Pastores, así como pide a los obispos que lo sean ellos con cada uno de sus sacerdotes y religiosos, al hacerse presente en los sufrimientos aun *individuales* de los prelados:

"Pero no es sólo vuestra misión eclesial en cuanto tal la que tengo presente en mis contactos con vosotros y con los demás Obispos. Están también en el centro de mi pensamiento vuestras propias personas e intenciones, las dificultades y sacrificios tantas veces desconocidos, los momentos de soledad o la sensación de impotencia que, en vista de la amplitud y gravedad de vuestro cometido, puedan alguna vez insinuarse en vuestro espíritu. Quiero aseguraros, por ello, que estoy junto a vosotros, interesado en vuestras personas y trabajos; que os acompaño con afecto fraterno, apoyándoos y fortaleciéndoos en vuestra fe y entrega eclesial; y que esto se traduce en frecuente recuerdo en la plegaria. En ella presento al Señor las dificultades de vuestra vida y apostolado, junto con todas las intenciones y necesidades de los miembros de vuestras diócesis" (21).

1.6. *Enfoque pastoral y continental.* Por todo lo anterior no se ha de buscar en estas líneas un estudio de profundización teológica, sino expresamente lo arriba indicado: un mapa de rutas pastorales cuyo fin primario y fundamental corresponde al de la Iglesia, la cual encuentra todo el sentido de su ser, en su vocación al servicio de la evangelización de los pueblos (42). Y si extendemos estas líneas más allá de los límites de las fronteras regionales y aun nacionales, es no sólo porque el Papa sigue tan de cerca las orientaciones de Puebla, comunes para todo nuestro Continente, sino también porque él mismo expresa con frecuencia en sus discursos que, no pudiendo tratar de una sola vez todos los asuntos, unas veces toca algunos puntos y otras veces otros, con la intención de que se complementen entre sí para un proyecto pastoral común: "cuanto me propongo decir a un grupo de obispos, en mi intención lo extiendo y

comunico a todos los otros grupos, complementando así los diversos puntos de vista" (39, cfr. 40,44,48).

2. *Los destinatarios de la evangelización*

Partiendo del presupuesto teológico de que la evangelización es la misión específica de la Iglesia, que le da todo el sentido a su existencia, el Papa señala tres criterios claves para poder discernir quiénes son los beneficiarios de tal mandato de Cristo: a) Su finalidad es enraizar en Cristo a *todos los hombres*, de manera que no exista un solo ser humano que pueda ser excluido del amor de Cristo y de su intención de salvarlo: así incluso los mismos evangelizadores han de ser los primeros evangelizados. b) La Buena Nueva de salvación debe predicarse por tanto a todos los seres humanos precisamente en cuanto humanos. c) Y por ello la Iglesia, al evangelizar, se hace solidaria de todo cuanto es humano en el hombre, no por razones meramente humanas, sino porque en ello descubre la presencia divina (7, y cfr. 42).

2.1. *Situaciones negativas y retos a la evangelización.* No podemos soñar que dicha misión sea fácil. Nos acucian problemas de todo género, unos a nivel de Iglesia local; otros más, muchos más, comunes a la situación de casi todo nuestro Continente (46). El Papa dedica muchísimo espacio a la fenomenología de estos obstáculos. Se diría que afrontarlos es para él una de las prioridades absolutas de la evangelización (cfr. adelante, n. 5.1.). He aquí los más importantes, lanzados en desorden:

— La injusta distribución del rédito nacional, que favorece a los pocos y mortifica a los más: las desorbitadas y manifiestas desigualdades económicas contradicen el evangelio, por ejemplo la afrenta de las islas de opulencia en medio de grandes sectores de extrema pobreza, que afecta especialmente a la población indígena y campesina. Esta situación provoca el éxodo del campo a la ciudad, forzado por la urgente necesidad (46), en la ilusión de encontrar algún medio de supervivencia. Pero la aglomeración de emigrantes del campo a la ciudad sólo provoca cinturones de miseria en torno a las comunidades urbanas, donde no se encuentran los mínimos servicios para una vida digna del hombre, y sí graves problemas psicológicos, educativos, religiosos, materiales, y el pulular de sectas de vago contenido religioso. A los obispos de la zona de Sao Paulo, por ejemplo, pinta con colores vivísimos cómo el gran centro industrial hace afluir a gran número de gente esperanzada, que luego viene sólo a engrosar las favelas, donde el hombre no puede ser protagonista de su propia existencia:

"A esto se juntan múltiples factores que, lejos de favorecer un tipo de vida auténticamente humana, la degradan aún más. Muchos, condenados a una situación infrahumana, fácilmente son tentados a emprender caminos que no llevan a la vida: violencia, erotismo, droga y materialismo práctico" (49).

— Constante choque de valores entre los derechos humanos básicos y los intereses del poder y del dinero, del dominio político y de la producción: “y cuanto más dura es la situación, más inadmisibles son las actitudes de sistemas que se inspiran en principios de pura utilidad económica para beneficio de sectores privilegiados” (30). De donde surgen por una parte graves tensiones socio-políticas y peligrosos climas de violencia que provocan tantos resentimientos y aprensiones (20,27,40). También de dichos intereses brotan con frecuencia graves conflictos de los agentes de la evangelización con quienes, movidos por intereses puramente materiales, quieren explotar a las clases más débiles como son por ejemplo los indígenas y campesinos, y los jóvenes sin esperanza, mediante el cultivo, el procesamiento y comercialización clandestina de la droga (41).

— Una tal atmósfera corre el grande riesgo de compenetrar la sociedad misma (aun de los menos privilegiados) de ideales materialistas y de consumo, que propone como valor supremo de la vida el disfrute de bienes terrenos (17,41).

— Proliferan las sectas religiosas y diversos tipos de grupos cuyos programas de fondo no son conciliables con una verdadera evangelización fiel a la Palabra del Señor (20). Una de las razones principales por las que dichas sectas pueden multiplicarse, es la inadecuada formación en la fe, que deja a la pobre gente inerme y fácilmente víctima de esa siembra de errores. Por desgracia tal fenómeno produce muy dolorosos efectos, como la rotura de la unión interna de las familias que anteriormente participaban de una fe común (32), sobre todo entre las comunidades indígenas, donde no raramente se puede constatar un “proselitismo insidioso y desleal” (48).

— En ciertos casos el testimonio de la fe que lucha por la evangelización integral de los pueblos de la América Latina ha llegado hasta el derramamiento de la sangre. La Iglesia sufre cuando se mata por este motivo a alguno de sus hijos; pero aún más cuando éstos mueren por causas que quizás nada tienen qué ver con los motivos puros del evangelio (41).

Podríamos sintetizar la posición del Papa, como Pastor de la Iglesia que contempla con profunda preocupación tales problemas que afligen a sus hermanos, en el comentario que hizo para los obispos de Venezuela al milagro de Pedro (Act 3,4-6):

“Ese ‘míranos’ de Pedro traduce la profunda hambre de Evangelio y de justicia de vuestro pueblo católico, sediento de autenticidad, de ver hecha vida la fe que anuncia la Iglesia, de contemplar a ésta anclada profundamente en la realidad de vuestro país y libre e independiente para interpellarlo, para dar testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres, y al mismo tiempo fiel íntegramente al Absoluto de Dios (...) Es un hombre concreto el que hoy se encuentra ante nosotros, como ante Pedro. El espera, quizás sin decirlo, ser sanado, completado, evangelizado. Nos mira atentamente. ¿Quién

es? ¿Cómo vive? ¿Qué desea? ¿Qué problemas afronta en la Venezuela de hoy? Es el hombre que, marcado en su ser por la fe católica, quiere conocerla mejor, desea una más sólida instrucción religiosa, el don de los sacramentos y todas las formas de alimento para su hambre espiritual. Y es también parte de un pueblo que en el último período ha logrado nuevas metas de progreso material, pero en el que existen aún amplios sectores de abandono, injusticia, marginación y pobreza" (29).

2.2. *Los primeros destinatarios, los pobres. Los indígenas.* Es un tema muy socorrido en la mayor parte de los documentos del Magisterio contemporáneo dirigidos a los países del tercer mundo¹: 11,14,26,30, la evangelización ha de tener como destinatarios privilegiados, con una opción preferencial, *no exclusiva ni excluyente*, los más pobres. Esta es, según Juan Pablo II, "la medida... de nuestro seguimiento de Cristo".

La evangelización no puede confundirse sin más con la promoción de los necesitados, pero tampoco puede separarse de ella. Sino que ha de saberse unir armoniosamente la predicación del mensaje 13,14,15,32,50 de Cristo con la ayuda a quien ha menester. Se trata de una cuestión de coherencia entre fe, vida y testimonio delante de la comunidad humana. Y es que la Iglesia, siguiendo a Cristo, ha de centrar el mensaje evangelizador en el Reino de Dios, que es un Reinado de paz, de justicia y de amor, y en consecuencia rechaza como ajeno al evangelio todo abuso, injusticia y opresión del hombre (37). La opción preferencial por los pobres debe pues aprender el difícil equilibrio entre el amor y la justicia: si faltase una de estas perspectivas ya no sería una opción evangélica. De ahí derivan también los *métodos* con que la Iglesia vive hoy la herencia recibida desde la primera comunidad, que ordenó los primeros diáconos precisamente por motivo del servicio a los pobres:

"Por sentido de justicia, la Iglesia ha denunciado y denuncia la explotación o atropello del hombre, imagen de Dios; y mediante su llamado universal a la conversión y la reconciliación trata de forjar, en cuanto puede, un mundo más justo, fraterno y humano para todos. Ella es consciente de que la preocupación por los pobres es un aspecto esencial de la misión de la Iglesia, por lo que nadie puede eximirse de tal responsabilidad sin faltar a su deber. ¿Por qué pues la solicitud por los pobres provoca a veces tensiones entre cristianos, lesionando hasta gravemente la unidad y comunión eclesial? Motivaciones diversas para actuar en favor del pobre son las que explican ese lamentable y peligroso fenómeno. Porque mientras unos quieren hacerlo movidos a veces por razones de equívoca implicación política y hasta

¹ Cf. mi artículo "La teología de la liberación a la luz del magisterio de Juan Pablo II, en América Latina", en *Gregorianum* 67/1 (1986), p. 18-23.

ideológica, otros lo hacen partiendo del ejemplo y la enseñanza de Jesús, iluminados por la Doctrina social de la Iglesia" (26).

¿Quiénes son esos pobres? En la mentalidad de Juan Pablo II (como aparece en las descripciones que hace constantemente en sus discursos) no se trata de *reducir* el criterio de la pobreza al que podría obtenerse de las ciencias socio-económicas; y por consiguiente la salvación que el cristianismo puede ofrecer a ellos tampoco queda limitado a dicho campo. He aquí una descripción incompleta, pero que indica una dirección:

"Pobres porque se encuentran realmente en condiciones de necesidad que suscitan espontánea compasión (Mc 6,31); pobres porque ninguno les escucha y se sienten forzados a escuchar siempre a los demás (Qo 9,13; Dt 1,17); pobres porque están solos, sin ninguno que les ayude a encontrar la salvación de su parálisis (Jn 5,7ss); pobres porque son jóvenes sin experiencia que carecen de orientación y de perspectivas para su deseo fuerte y generoso de afirmarse en la vida, de vencer y de servir (Mt 19,16ss); pobres porque están dominados de la falta de amor, y del odio; y no hay ningún dominador que más esclavice y humille (1 Jn 3,7ss); pobres finalmente porque están lejanos de Dios que es Amor (1 Jn 4,8), y lejanos de la Verdad que nos hace libres (Jn 8,32)" (47).

En varias ocasiones el Papa concretiza esos pobres de la América Latina particularmente en nuestros hermanos indígenas (35,40); pero sea a ellos, sea a otros hermanos nuestros que esperan la salvación 12,42 en Cristo, hay que ofrecerles una *liberación integral*,

"considerando a éste (el hermano pobre), no de modo reductivo clasístico o confinado a la sola esfera material, sino en toda su dimensión espiritual y trascendente, con la consecuente exigencia de liberarlo ante todo del pecado, fuente de todo desorden, ofreciéndole la salvación en Cristo" (30).

2.3. *La labor misionera.* Con frecuencia el Papa apoya y anima a proseguir la evangelización que iniciaron los primeros misioneros que vinieron a nuestro Continente a traernos el mensaje de 9,13,14,41, Cristo. Juan Pablo II no cede a la mentalidad negativa que 42,46,47,49 todo ve criticable en los siglos de la conquista y primera evangelización de América Latina; si bien acepta que tal misión adolece de las insuficiencias de su época, y además ha quedado incompleta, de manera que su continuación es un reto para la Iglesia de hoy (9). Reconoce que en las tierras de misión los agentes de la evangelización realizan un encomiable trabajo al que debe estar agradecida la Iglesia, a pesar de la penuria de recursos materiales y humanos. Por ello el Papa expresa varias veces su reconocimiento profundo a quienes se dan tan generosamente a sus hermanos en esas tierras, con un ofrecimiento de sí que supone tantas renunciaciones y sacrificios. Invita finalmente a los obispos a sostener y estimular esta obra, y a preparar adecuadamente a los futuros misioneros, con una profunda formación espiritual y moral (41).

2.4. *Las familias* son el núcleo fundamental de la evangelización, y por lo mismo están presentes constantemente en las alocuciones del Papa. Ellas son el signo concreto de la alianza de Dios con su pueblo por amor, y de la unidad de la Iglesia en Cristo (2), de donde en ellas se vive primordialmente la participación y la comunión que Puebla ha indicado como el camino concreto para la evangelización en América Latina (10). Por la familia tenemos no sólo la vida y el aliento divino que constituye la "materia prima" de la Iglesia, sino que también en ella recibimos la formación fundamental religiosa y humana que nos capacita para llegar a ser hombres y cristianos dignos de nuestro tiempo (17); por lo cual, concluye el Papa, la evangelización ha de iniciarse en el seno de las familias, ya que "en los hogares se descubre el rostro de Dios en la oración, se aquilatan los valores del verdadero humanismo y crece la Iglesia" (11).

Por eso es tan importante para la Iglesia Latinoamericana la planeación de una seria *pastoral familiar*, de manera que se parta de la evangelización de las familias hacia el saneamiento social. Dicha pastoral ha de abarcar diversos aspectos de la familia: en primer lugar ha de atenderse a la cuidadosa preparación matrimonial de las jóvenes parejas (27,28,51); en seguida se ha de tener una paternal solicitud de todos aquellos que han formado de hecho una familia a partir de una unión ilegal para ayudarlos en lo posible a establecer un hogar sobre bases firmes (20); orientando a los cónyuges para ejercitar una paternidad responsable de manera que no se confunda (como por desgracia sucede cada vez con mayor frecuencia) la responsabilidad en la vocación a la paternidad con el simple no tener hijos o tener los menos posibles, o incluso con usar para ello cualquier medio permitido por las leyes civiles incluido en tantos casos el aborto (20). Para esto último es necesario educarlos *positivamente* en el profundo aprecio por el valor de la vida, y en el derecho que tiene todo ser humano, incluso el aún no nacido, a vivir, como un derecho fundamental (10,20,21).

Siendo tan importante una pastoral de este tipo, el Papa invita a los obispos a que recomienden e infundan una profunda estima por ella a los sacerdotes, religiosos y laicos que participan activamente en la Iglesia como agentes de la evangelización (9,24,26), a quienes ofrece frecuentemente valiosas orientaciones, como la que tomamos de muestra dirigida a la Iglesia de El Salvador:

"La preparación humana, ética y espiritual al sacramento del matrimonio; la ayuda personal a las parejas que están en dificultad, para que puedan superar las normales crisis de crecimiento; la preocupación por acercar a la vida de la Iglesia a aquellos que viven de manera irregular y que hay que conducir al matrimonio canónico; la ayuda en la educación de los hijos; la adopción de niños que han quedado sin padres; la promoción de una auténtica y gozosa espiritualidad

familiar, que tanto influye para que la misma Iglesia adquiriera la dimensión de lo que es a los ojos de Dios: la familia del Señor. Desde esta perspectiva, eminentemente positiva se podrían aliviar indirectamente los graves problemas que hoy atraviesan muchas familias en El Salvador, a causa de los recientes acontecimientos; especialmente los de aquellos que han perdido alguno de sus miembros, que han quedado divididas, desplazadas, desmoralizadas, sin casa, sin trabajo ni recursos, a veces sin esperanza en un futuro mejor. En el diálogo constructivo que los mismos matrimonios sean capaces de entablar, con la guía de la enseñanza de la Iglesia y el respaldo de la propia conducta positiva, se podrán abordar esos temas delicados e insoslayables de la educación a la castidad matrimonial, de la integración afectiva de los cónyuges, del encuentro espiritual de las personas, de la oración comunitaria en familia, que son la base de una conducta moral cristiana, y que hacen del matrimonio y de la familia un camino de santidad, accesible a todos los que viven con fidelidad su propia vocación en la Iglesia" (27).

Junto con la guía positiva, Juan Pablo II pone a los pastores alerta sobre los peligros que amenazan a la familia en la cultura actual, y que deben afrontarse con valentía para defender la grey de Dios:

— La falta de respeto por la vida, camuflado bajo máscara de planeación familiar o de protección de los derechos de la mujer, y que no rara vez termina en la violación del derecho a vivir, de una criatura inocente. Con frecuencia tal "planeación" corresponde a intereses económicos y políticos:

10,11,19,20,21,23,24, 26,29,30,37,38,45
 "Por desgracia, la aplicación sistemática de planes concebidos y financiados desde el exterior, y que van desde los anticonceptivos o la esterilización hasta los intentos de legalizar el aborto, inciden negativamente sobre la salud del núcleo familiar" (23).

— El permisivismo de las relaciones prematrimoniales y extraconyugales, promovido y alentado con frecuencia por los medios de comunicación, que con frecuencia da por resultado grandes sufrimientos, como los que provienen del adulterio y de las "familias paralelas".

— Mal ejemplo de vida matrimonial, en la que se busca como criterio sólo el disfrute de la vida; con frecuencia parte de las clases más altas de la sociedad, con un laxismo moral que luego se presenta como un cierto ideal incluso para las familias más humildes (30).

— Una mentalidad divorcista provocada por una atmósfera de permisivismo en esta línea, "que halla sus raíces en la irreflexión sobre el matrimonial, en la falta de voluntad de compromiso perseverante, en la separación de los cónyuges por motivos de trabajo, en la escasez de vivienda y otros" (19); pero mucho tiene que ver igualmente una legislación liberal que permite y facilita el divorcio, sin ver en el matrimonio más que un vínculo civil (24, cfr. 45).

— El alcoholismo que amenaza la unión matrimonial y produce otros graves daños sociales, el desequilibrio interno de la familia y la desintegración del hogar (20,21).

Ante tales y otros muchos peligros que amenazan la vida matrimonial, no cabe que un pastor tome la actitud de quien los estudia como un observador sociológico de la realidad, “sino como reto para una toma de conciencia que lleve a decisiones y planes de acción concretos y posibles” (29), encaminadas a una pastoral del matrimonio que tenga como meta el hacer de la familia una comunidad de amor, en la que los padres se mantengan unidos de manera única e indisoluble, con un amor cuyo signo sea la fidelidad mutua (10).

2.5. *Los jóvenes* representan el dinamismo y el futuro de la Iglesia, y por ende su esperanza, sobre todo en un Continente
 2, 6,12,17, donde constituyen la mayoría de la población, ya que en
 35,36,37 algunas partes la proporción de los jóvenes menores de 25
 años supera el 50 por ciento. De ahí la urgencia de planear
 9,12,26 una cuidadosa pastoral para ellos, en la cual se contemple
 la posibilidad de que los mismos jóvenes más entregados
 a la causa del evangelio sean los evangelizadores de sus coetáneos.

Una programación realista de la pastoral juvenil no puede pasar por alto los graves peligros con que este elemento de la población tropieza a cada paso en nuestras naciones, y que el Papa anota de vez en cuando. He aquí una muestra:

“Sois conscientes de los graves peligros que les crea nuestro mundo con el falso halago de ideologías alienantes, de extremismos que pueden fanatizarlos, del recurso a la droga que corrompe las conciencias y destruye sus vidas, de corrientes materialistas o hedonistas que recortan sus valores morales y sus sentimientos humanos, de pragmatismos de toda clase que entronizan un egoísmo individualista, con su inevitable secuela de ambiciones, envidias y rivalidades, de odios y luchas fratricidas, de injusticias y opresión; un egoísmo que acaba matando el don más precioso del ser humano, el amor” (37)°.

¿Cómo afrontar estos peligros? Ofreciendo a los jóvenes altos y nobles ideales centrados en Cristo. Hay que presentarles ante todo y sobre todo, en forma atrayente, la persona de Jesús de
 9,12,14,26,36,37 Nazaret. Y en el evangelio hay que ayudarles a descubrir los ideales de libertad, de justicia, de autenticidad, que transformen sus corazones y mediante ellos la sociedad injusta y enferma en la que ellos no encuentran su puesto.

Junto con eso hay que organizar bien la catequesis de la niñez y de la juventud, “una catequesis integral, fiel al contenido total del evangelio, con un lenguaje adaptado, que no desvirtúe el contenido del Credo, que no turbe los espíritus, y que forme cristianos firmes en lo esencial y

humildemente felices en su fe" (11, y cfr. 51). Para ello el Papa solicita que las editoriales y librerías católicas contribuyan con el máximo esfuerzo posible, pero evitando ciertos ensayos y publicaciones "equívocas y perjudiciales para los jóvenes y para la vida de la Iglesia" (Ibid).

Y finalmente apoyando y alentando los movimientos que buscan una mayor espiritualidad y entrega evangélica (14), así como los grupos organizados de pastoral juvenil (35).

Con todo ese trabajo evangelizador y catequizador, será conveniente enriquecer educativa y espiritualmente a los jóvenes para que sean capaces de rechazar las ideologías seductoras. Pero esto se logrará solamente si el evangelio puede ayudarles a descubrir una verdadera esperanza cristiana que los impulse al compromiso en la creación de una sociedad más justa, pacífica y fraterna.

3. *Doctrina y contenido de la evangelización*

3.1. *La Iglesia.* En este tipo de alocuciones Juan Pablo II no ofrece una teología completa sobre la Iglesia, sino que supuesta la doctrina común, atiende más bien a dos aspectos íntimamente trabados: su unidad y su misión (que no puede realizarse adecuadamente sin la primera).

El Papa supone ante todo que la Iglesia encuentra toda su razón de ser en su vocación al servicio de la evangelización (42), misión que comparten igualmente los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, junto con el centro de unidad universal de la Iglesia (49) y el local que es el obispo (7).

La fidelidad a esta vocación supone por tanto y necesariamente *la unidad*; pero no como un simple requisito práctico (49), sino por un motivo profundamente teológico, "el misterio de la Santa Iglesia visible y espiritual a la vez, que se construye como sacramento de salvación para cuantos se adhieren a Cristo" (23), y cuyo vínculo interno es la caridad (7), que se realiza y expresa en su realidad sacramental: la comunidad se une, en efecto, y se construye en torno a la reconciliación y a la eucaristía (34,46). Pero tal unidad supone también de parte de cada uno de los fieles y sobre todo de los agentes de la evangelización una sacrificada abnegación interior, fruto del encuentro con Cristo, que supera todo límite y barrera (8). Por eso es necesario "*sentire cum Ecclesia*" (49).

Un signo inmediato de tal unidad en la caridad ha de ser el compartir los bienes materiales y espirituales de las diócesis que tienen más, con las menos favorecidas. En el convencimiento de que la misión de toda la Iglesia es común y única, se debe planear el trabajo evangelizador y la pastoral a nivel regional y nacional, de manera que las diócesis que cuenten con mayores recursos vengán en auxilio de las más necesitadas; lo cual no mermaría en absoluto las fuerzas de aquéllas, puesto que la generosidad

en compartir revitaliza la espiritualidad. Tal distribución más equitativa debe afectar principalmente a los sacerdotes y religiosos, tomando en cuenta sobre todo la gran escasez de vocaciones en determinadas zonas (26).

Sin embargo el Papa aquí, como en otras ocasiones lo ha hecho, pone alerta a los obispos sobre algunas falsas eclesiologías que podrían poner en peligro la obra evangelizadora. Además de referirse al documento de Puebla, algunas veces apunta en las visitas *ad limina* que la verdadera evangelización supone una recta eclesiología fundada en el evangelio, que excluya cualquier "relectura" inconsistente (8).

3.2. *La doctrina sobre Jesucristo* que trasluce en los discursos del Papa a los obispos no presenta nada nuevo, sino se limita a referirse al discurso con que él mismo inauguró la conferencia de Puebla, y al documento final de esta última. Sin embargo el Pastor de la Iglesia subraya algunos aspectos que juzga necesario tener presentes:

"Hacia esa sabiduría divina que en la persona de Cristo asume la debilidad y el dolor humanos converge el misterio cristiano de la creación y de la historia, y en ella se revela el misterio último del hombre y de su destino. Se hace pues necesaria una apertura a la verdad revelada para entender el sentido de lo creado, que no es fruto de fuerzas naturales o de programaciones humanas, sino obra de un plan de Dios, en el que destacan sus designios de amor hacia el hombre" (7).

El texto citado es bastante típico. Según se observa, si bien el Papa hace referencia a la completa verdad sobre Jesucristo proclamada en Puebla, que necesariamente supone una íntegra confesión de fe en cuanto a *su persona* (5,9), sin embargo, dado el carácter pastoral de estas alocuciones, se detiene mucho más en hablar de la recta confesión y vivencia de la fe *salvífica*, insistiendo una y otra vez en lo que constituye la verdadera e integral liberación cristiana del hombre, en contra de doctrinas reduccionistas (7,41).

Para el Papa no cabe duda de que el contenido fundamental de la doctrina básica de la evangelización es "la redención y su significado concreto para vuestro pueblo" (17). He aquí un texto que me parece buen resumen de su pensamiento:

"El evangelista Juan insiste en su punto de vista, sobre todo en su primera carta, acerca de lo que constituye la fe en Dios, que es luz y verdad, y el testimonio de esa fe: es dar la debida relevancia al amor del Padre manifestado en Cristo Jesús, hecho hombre, muerto y resucitado, en el cual se ofrece la salvación a todos los hombres, como un don de gracia y de misericordia; una salvación que no es sólo inmanente en el mundo, sino que lo trasciende, con dimensiones de eternidad" (42).

Pero suponiendo ya conocida la doctrina que se debe sostener, el Santo Padre insiste con mayor frecuencia en los riesgos de desviarla por

la urgencia de los problemas que afectan en nuestro Continente a todo el pueblo de Dios, y así la evangelización se desenvuelve

“en un cierto clima de incerteza y de ambigüedad en el anuncio de la fe y de las verdades que se deben creer; el consiguiente germinar de dudas y la perplejidad en el espíritu de muchos católicos, sobre todo de los más sencillos, en cuanto al contenido y a las exigencias de la fe; la división entre hermanos en la misma fe, sobre cuestiones fundamentales; el peligro de ver perfilarse imágenes de la Iglesia que ni en la teoría ni en la práctica corresponden a aquella que el Verbo de Dios hecho carne quiso y fundó” (48).

Por lo mismo el Pastor de la Iglesia universal con frecuencia pone a los obispos latinoamericanos alerta sobre algunos riesgos posibles, como el de reducir el evangelio a una doctrina de índole humanitaria (7), o la redención a una obra humana o humanista (17,31); o el de predicar una salvación que se dice cristiana pero en el fondo hipotecada a doctrinas extrañas a la fe (30) hasta el extremo de querer justificar en el evangelio o en la fe del pueblo el uso de medios violentos para pretender ofrecer la liberación al hombre (40).

Cierto que la evangelización tiene profundos lazos con la promoción humana, pero no se reduce a ella (18), sino va más allá: predica un cambio profundo de la sociedad, pero siempre a partir de la conversión del corazón del hombre, donde radica la causa más honda del mal, en el pecado (47). Por eso se ha de predicar a un Cristo “libre de encadenamientos humanos de sabor sociológico, político o psicológico” (7, y cfr. 30,33,46). Luego la fuente de la evangelización, sin negar la justa contribución en cuanto a las aplicaciones prácticas de las ciencias humanas actuales, debe ser la continua meditación, contemplación y estudio de la Palabra revelada (34), y así todo nuestro servicio evangelizador y catequético ha de considerarse siempre un servicio a su Palabra, cuyo centro ha de ser, como en el caso de la predicación de Jesucristo, el Reino de Dios, “que no es puramente terreno y temporal, sino de los cielos” (37), por lo cual los obispos han de estar prevenidos para “no aceptar un humanismo sin al menos una implícita referencia a Dios, ni una dialéctica materialista que sería la práctica negación de Dios” (Ibid).

Cierto que en las circunstancias actuales dar testimonio de una esperanza que no se aviene a las ganancias de este mundo, supone correr el riesgo de ser tenidos por necios: es un peligro que el obispo debe correr fraternalmente, compartiéndolo con todos los agentes de la evangelización en su Iglesia local: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos (7).

3.3. *Presencia de María* en la obra evangelizadora: hemos de reconocer que, aparte la casi imprescindible despedida a los obispos, en la que encomienda a los cuidados maternales de María toda la *Passim* obra evangelizadora y cada uno de los miembros de las Iglesias

locales, en realidad Juan Pablo II pocas veces hace referencia a ella en este tipo de discursos. He aquí algunas de estas escasas ocasiones, y su contenido:

— Alienta el fomento de la devoción mariana en las comunidades eclesiales, y bendice el Congreso Mariano Nacional celebrado en Argentina (10).

— Otras veces habla en general de la importancia de la devoción a la Madre de Dios, en sus diversas invocaciones (3,6), y reconoce que ésta ha tenido un importante peso en la vida cristiana de nuestros pueblos, de donde se ha de cultivar como algo perteneciente a nuestra vida, sobre todo insistiendo en su ejemplo, ya que éste es una guía segura de vida cristiana en el discipulado de Jesús (12,49).

— Reconoce el papel de María en la primera evangelización de nuestro Continente, que sigue en su mayoría fiel a tal devoción (22), de donde se debe construir aun ahora la comunidad eclesial en torno a ella (16).

— Recomienda la devoción al santo rosario en familia y en las comunidades, porque “es el instrumento de catequesis para los pobres e iliteratos, expresión del culto popular, manifestación de afecto filial a la Virgen” (48).

— Finalmente el amor a María es un elemento que en el corazón del pueblo ayudará a frenar el florecimiento de tantas sectas entre las poblaciones más humildes (ibid).

3.4. *Función de la teología.* El Papa no dedica a este asunto, como tema central, ningún discurso completo, y ni siquiera grandes párrafos de sus alocuciones. Se diría que la considera como un elemento necesario pero no separable del conjunto de la evangelización, y por lo mismo sujeto su servicio a las orientaciones generales de ésta. Sin embargo aquí y allá encontramos algunas alusiones concretas, de las que ahora recuerdo apenas tres explícitas (mientras implícitamente se refiere a ella al tratar de la misión magisterial de los obispos, respecto a la doctrina recta, que trataremos adelante, en su lugar correspondiente):

“La función magisterial del Pastor obligará a veces a tomar posiciones en nombre de la verdad, máxime si ésta es tergiversada o soslayada. Obligaré, al mismo tiempo, a ser guías como Maestros en la fe, humilde pero claramente, también en el campo de la Teología, la cual debe seguir una metodología propia adecuada, con una sana hermenéutica bíblica, cuyo discurso no puede ser sustituido por el discurso de las ciencias humanas, como acaba de recordar la reciente Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe” (30).

Otros dos textos se refieren a la teología de la liberación. Contrariamente a lo que parecería por la importancia y publicidad que le conceden los medios de comunicación, ésta no ocupa un sitio privilegiado como si

fuese una preocupación primordial en la mente del Santo Padre; a no ser, como he dicho arriba, en el contexto global de las orientaciones comúnmente consideradas indispensables para una correcta evangelización que corresponda fielmente al diseño de Jesucristo. Y así, resulta incluso difícil buscar en estos discursos algún párrafo directamente alusivo, como el siguiente, bastante breve, en el que concluye una orientación acerca del significado del Reino de Dios y de su contenido salvífico, sobre el que se ha de fundar nuestra predicación del evangelio:

“Sobre esta base teológica habréis de fundamentar vuestro servicio general a la fe como Pastores y guías del Pueblo fiel. Desde ella tendréis que esclarecer las dudas de vuestros fieles en los temas que afecten a su camino eclesial. A este respecto no puedo dejar de mencionar la peligrosa incertidumbre creada en ciertos ambientes vuestros —aunque menos frecuentes que en otras partes— por algunas corrientes de la teología de la liberación” (37)².

4. *Agentes de la evangelización*

4.1. *Los obispos.* Por el tipo de alocuciones que estudiamos, es natural que el Papa continuamente trate el tema de *la misión episcopal*, que agrupa, aun cuando en estos documentos se presenta de manera dispersa, bajo cuatro capítulos fundamentales:

4.1.1. *Centro visible de la unidad de la Iglesia local.* De tal unión la Iglesia debe recibir su vitalidad, cuyo centro es el obispo, el cual ha de impulsarla sobre todo a partir de la fe, la esperanza y la caridad en Cristo (7.45), en respuesta a la oración de Jesús al Padre por que su Iglesia fuese una (8). Pero además, en el orden pastoral, el prelado debe fomentar dicha unidad creando en cada diócesis un clima de comunión eclesial orgánica, aunque sin renunciar a hacer uso de la función de gobierno (38). Asimismo debe vivir muy cercano a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, guiándolos con su constante y amorosa presencia (4,35). En contrapartida, además de ser constructor de la unidad, debe también defenderla mediante un servicio dinámico que incluye el saber impedir que los fermentos de la disgregación, los conflictos y las tentaciones, rompan la comunión (39).

Finalmente esa unidad debe trascender las barreras de la diócesis, de manera que cada obispo actúe solidariamente con sus hermanos los obispos que comparten con él esa misión, en todos los problemas comunes, especialmente a nivel nacional; dicha colaboración, sin embargo, no ha

² He aquí el otro texto referente a este asunto: “Mas todo esto se debe hacer con la finalidad primaria de que cada hombre encuentre a Cristo y con él recorra los caminos de la vida; es hacer que Cristo nazca en sus corazones por la acción del Espíritu Santo, por medio de la evangelización, anuncio de la liberación del pecado y de la comunión con Dios. De este modo, el “sentir con la Iglesia” no se compadece con aceptar las graves desviaciones que algunas “teologías de la liberación” traen consigo” (49).

de obstaculizar la necesaria responsabilidad que cada uno de ellos tiene como pastor de su Iglesia local, por derecho divino (3,39). El Papa constata en varias ocasiones el progreso de la unidad entre los obispos, "en cumplimiento de la colegialidad insistentemente subrayada por el Concilio Vaticano II" (3), y expresa su gozo cuando ve las Conferencias Episcopales unidas en miras y en sentimientos (15,51), lo cual indudablemente ha de redundar en la concordia y unidad de acción de los sacerdotes y demás agentes de la pastoral (6); por lo cual el Sumo Pontífice alienta a las Conferencias Episcopales para que sigan trabajando según planes de conjunto (8,10,38,39).

4.1.2. *Maestro y testigo de la verdad*: "maestro, intérprete y predicador de la Palabra de Dios" (37,38). Cuando el obispo toma conciencia de ser maestro de la verdad (7,8), por una parte 5,7,8,9,28,30,34, advierte que su responsabilidad es ante todo evangelizar al Pueblo de Dios según la doctrina que ha recibido en depósito (7); pero por otra se siente de tal manera servidor de la Palabra, que no puede tenerse por dueño de la verdad, ni considerarse con derecho de manipularla o de interpretar la doctrina de la fe a su beneplácito (39).

Pero por lo mismo sabrá, aun en el respeto por un sano pluralismo proveniente de las distintas opciones pastorales y evangelizadoras que correspondan a las necesidades de cada región, corregir las enseñanzas contrarias al Magisterio, y las posiciones eclesialmente inaceptables o pastoralmente estériles, así como todo magisterio paralelo que pretendiese sustituirse a la doctrina de la Iglesia (46). Toca pues al obispo la difícil responsabilidad de salvaguardar la doctrina de la fe y de la moral (28,35). En ocasiones le será indispensable tomar claras posiciones en nombre de la verdad, sobre todo cuando ésta es tergiversada o soslayada (30,34,39,40). En cuanto a la moral, positivamente deberá promover una profunda educación cristiana de las conciencias; pero también negativamente deberá corregir aquel falso pluralismo y tolerancia que fácilmente degenera en permisivismo que llega aun a hacer desaparecer la conciencia de pecado (42). Finalmente el Papa recuerda a los obispos que la fuente de la doctrina de la Iglesia es la Palabra de Cristo, que no necesariamente coincide con la opinión de las mayorías (45). He aquí un texto que en esta línea me parece fielmente correspondiente a la mente de Juan Pablo II:

"Habéis de vigilar por la pureza de la doctrina, salvaguardando el tesoro que Cristo confió a nuestra custodia para hacerlo fructificar. Es pues oficio vuestro estar atentos a eventuales desviaciones doctrinales o pastorales y, de este modo, evitar que el pueblo creyente sufra daño en la fe o en su dinámico camino eclesial. Por ello, vuestra palabra orientadora, clara y unitaria, habrá de ser capaz de iluminar el paso de la comunidad eclesial; tanto para que los sacerdotes, religiosos, religiosas y agentes todos de la pastoral mantengan siempre el correcto concepto de Iglesia querido por el Fundador de

la misma y presentado por el Magisterio, como para que ese concepto funde eficazmente la propia identidad de los educadores de la fe y de todo el pueblo de Dios, y determine los objetivos propios del comportamiento cristiano. Objetivos que no pueden pasar por alto las incidencias también temporales de la propia fe, pero que no se agotan en ellas, sino que se dilatan a la salvación eterna en Cristo, liberador del pecado y Redentor del hombre" (28).

4.1.3. *El oficio pastoral* del obispo lo responsabiliza de presidir la grey, en íntima vinculación con Cristo, de tal modo que debe obrar siempre "in persona Christi". Tal misión obliga al prelado a actuar siempre paternalmente, pero al mismo tiempo a gobernar la diócesis con plena responsabilidad. En comunión con el Sucesor de Pedro, el obispo es "el testigo sacramental de la trascendencia histórica de Cristo y agente incansable de su triple misión de santificar, enseñar y gobernar" (31).

Dentro de este criterio, Juan Pablo II describe los distintos campos de acción en que se ha de desenvolver el oficio pastoral, como el ser "guías de la fe y responsables de la fidelidad a Jesucristo" en las Iglesias locales; pero también toca al obispo "construir la fidelidad de vuestra grey" junto con "todos los objetivos verdaderamente humanos, cristianos y de creciente justicia social" (16). En cambio no toca al obispo sustituir a los técnicos en la solución de ciertos problemas (38): "no sois un simposio de expertos, ni un parlamento de políticos, ni un congreso de científicos o técnicos, sino que sois Pastores de la Iglesia" (8).

Mas es preciso recordar siempre en qué circunstancias concretas los obispos latinoamericanos realizan su ministerio, para que su oficio pastoral sea realista. Así, por ejemplo, dice a los obispos nicaraguenses:

"Sois pastores de un pueblo profundamente religioso, dolorido desde hace tanto tiempo a causa de injusticias, de frecuentes violaciones de sus derechos, de tensiones, de luchas fratricidas, que dejan tras sí tanto dolor, tantas vidas jóvenes tronchadas, tanto luto en las familias, tantos huecos trágicos en los corazones de los familiares, de los amigos, de la sociedad" (16).

Aunque puedan variar las circunstancias de cada país, en todos ellos el prelado ha de ejercer su vigilancia pastoral de manera integral, promoviendo también la justicia, el derecho de todos los hombres, la paz y la reconciliación entre los pueblos (8,15,16,36,38). Tal preocupación debe llevarlo a buscar las soluciones que partan del amor, y que fructifiquen en la paz interna y en la convivencia pacífica con los otros pueblos (18,20).

4.1.4. *La misión de santificar*, porque el obispo es el principal constructor de la comunidad eclesial, la cual tiene como cimiento la realidad sacramental:

"El obispo es, ante todo, quien convoca a los dispersos, con la fuerza de la Palabra de Dios, que construye la comunidad de fe, de caridad,

de oración y de testimonio, que es la Iglesia, y en este caso la Iglesia particular de la que él es obispo" (39).

Finalmente, en una alocución a un grupo de obispos brasileños, el Papa hace una breve y apretada síntesis de lo que el Pastor de una diócesis debe ser, inspirándose en la doctrina del Concilio Vaticano II: edificador de la comunidad eclesial, anunciador de la Palabra, padre espiritual, pastor y guía, maestro de la oración, santificador del Pueblo de Dios (48).

4.2. *Los laicos* deben tener una más clara conciencia de su responsabilidad eclesial, que proviene de su vocación bautismal (1,20). El Vaticano II nos ha hecho advertir la grandeza cristiana de la vocación de los laicos, que deben ser testigos de la fe en las estructuras en este mundo, por su presencia y actividad:

"A ellos principalmente corresponde transformar las estructuras temporales según el plan de Dios, imbuir de espíritu evangélico la conducción política global de la sociedad e inyectar en las venas del mundo la savia vital del evangelio" (26).

Por lo mismo no basta su contribución en la administración de los bienes eclesiásticos (18), u otras funciones de tipo administrativo; es necesaria su colaboración en la misión evangelizadora del Pueblo de Dios (1,4,19,22), por lo cual es preciso que cada día se sientan más incorporados en el trabajo eclesial encaminado hacia una "evangelización integral" (26). En una tarea semejante, ellos podrán realizar un trabajo irremplazable como evangelizadores de la familia y como promotores de una pastoral del matrimonio: nadie mejor que ellos, que están viviendo en primera persona los retos y las bendiciones de la vida familiar y matrimonial, podrán contribuir a cambiarla desde dentro según los criterios de Jesucristo (27).

Por ello Juan Pablo II impulsa a los obispos a dar todo su apoyo a las asociaciones laicales cristianas; porque es necesaria la actividad apostólica organizada, con estructuras adecuadas a las condiciones de nuestro tiempo (5,29). Esas deben reflejar y coordinar la acción parroquial y de las comunidades eclesiales, e insertarse en la pastoral de conjunto, de manera que toda su actividad se realice en comunión con el obispo. A fin de que dicha colaboración sea eficaz, conviene que éstos se preocupen por dar a los apóstoles laicos una seria formación cristiana, con profundo sentido eclesial y con una vida espiritual seria (29).

Luego, entre los distintos aspectos de la vocación de los laicos, el Papa se detiene aquí y allá en algunos más específicos:

— Conviene que la Acción Católica no se reduzca a realizar actividades temporales o de asistencia social; sino que de un modo más integral viva la propia vocación laical, sin la cual la Iglesia no está completamente formada. Por tanto debe procurar primero recibir el mensaje evangélico y profundizar en él, para luego comunicarlo a sus hermanos (5).

— El Santo Padre agradece en varias ocasiones a los catequistas, por por su valiosísima colaboración a la misión de la Iglesia. Los llama a llamar “preciosos colaboradores”. Pero indica a los 2,20,22,27,31,51 obispos que es necesario ofrecerles una sólida formación, a fin de que conserven la pureza de la enseñanza contenida en la Palabra de Dios y en el Magisterio, y que ellos deben fielmente transmitir. Con Puebla reconoce que por desgracia aún faltan muchos catequistas, para poder realizar eficazmente esta labor.

— Aprueba también los otros ministerios laicales, específicamente el conferido a los Delegados de la Palabra (20).

Finalmente el Papa indica que debe haber una íntima unión en el trabajo apostólico entre los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Los sacerdotes deben estar muy abiertos a ofrecer a sus colaboradores en la misma misión, el apoyo de la formación de la conciencia, la orientación en sus trabajos y el auxilio de la vida sacramental (26).

Pero si bien la vocación laical ha sido puesta en relieve a partir del Concilio, Juan Pablo II advierte que hemos por una parte de considerarla valiosísima e insustituible en la misión de la Iglesia; pero siempre cayendo en la cuenta de que Cristo ha querido hacerse presente en la comunidad eclesial sobre todo mediante el ministerio sacerdotal (9). Y es que los laicos no pueden suplir la presencia del ministro ordenado ni el testimonio de la vida consagrada íntegramente al servicio del evangelio y de la Iglesia (4,20).

4.3. *Los sacerdotes, religiosos y religiosas* son insustituibles en la santificación del Pueblo de Dios (1,24). En múltiples ocasiones el Papa describe ora unos, ora otros rasgos de lo que constituye su misión. He aquí alguno por vía de ejemplo:

“Procurad que el sacerdote tenga clara conciencia de su identidad propia, viva intensamente la dimensión vertical de su existencia, sea el guía y educador en la fe, el padre de todos, en especial de los pobres, el valeroso servidor de la causa del Evangelio, el auténtico pastor interesado en llevar a todos a Cristo, en liberar radicalmente al hombre ante todo de lo que le separa de Dios” (9).

El ministerio sacerdotal no es sustituible en la Iglesia: “los tentativos de transferir a la comunidad tales poderes (presidir la eucaristía, absolución de los pecados, predicación de la Palabra) se demostrarán vanos e incapaces de servir a la vitalidad religiosa de la comunidad” (42). El sacerdote sólo será fiel a su misión si acepta con humildad que todo el sentido de su vocación reside en actuar no en su propio nombre, sino “in persona Christi” (5).

Tal ministerio debe ante todo asegurar la solícita administración de los sacramentos, la guía del pueblo como pastores, y la presidencia de la

liturgia en la cual la comunidad rinda a Dios el culto de toda la Iglesia (8). Sin embargo no se agota aquí. La preocupación por la grey de Dios debe impulsar al ministro del evangelio a una constante lucha por la justicia en favor de los pobres y oprimidos: esta entrega es el respaldo a la credibilidad de la ofrenda personal, a ejemplo de aquél que nos amó hasta la muerte (7). Sin embargo esta última responsabilidad no debe interpretarse como una invitación al puro activismo, la "terrible tentación" que a la larga seca sus fuentes y vuelve estéril el ministerio, sobre todo cuando falta la vida interior y la oración (5,19,24,37,44). Mucho menos ha de entenderse como una dedicación a la búsqueda del bien puramente humano del pueblo, o a adoptar métodos de trabajo reñidos con el evangelio (8,9,44), y "evitando los comportamientos dudosos en actividades políticas concretas que deben quedar para los laicos, debidamente formados en su conciencia cristiana" (23).

De parte del obispo, para que los sacerdotes y religiosos puedan cumplir fielmente con su misión, debe estar siempre atento, como una absoluta prioridad, a vivir en íntimo contacto con ellos, y a sostenerlos en todos los aspectos de su vida, tanto humanos como espirituales. He aquí algunos de éstos:

— El Pastor ha de ayudar a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a mantener la identidad de su vocación, conscientes del valor de su estado y de su misión, mediante "un sometimiento humilde y el uso de la inteligencia y dotes naturales para conocer y aceptar los caminos de Dios, abandonándose confiados a su plan de salvación" (5, cfr. 1,9).

— Para ello el obispo ha de procurar estar muy unido a sus colaboradores, parte por la necesidad de trabajar con una estrecha cercanía, dada la imperiosa necesidad de reagrupar todas las fuerzas evangelizadoras de la diócesis, por desgracia tan escasas en la mayor parte de los países (14,18,23,50). Y parte también porque la desunión es un antitestimonio que destruye desde dentro los planes pastorales, y desorienta la comunidad cristiana, sobre todo cuando ésta ve en algunos ministros ciertas actitudes de independencia respecto a la comunión con el obispo (1).

— Por eso el obispo debe ser amigo y sostenedor de los sacerdotes, religiosos y religiosas, a quienes debe dar ejemplo de perseverancia con la palabra y el ejemplo luminoso. Ha de mantener con ellos un constante diálogo, y promover una actitud de sostén mutuo en todas las vicisitudes de la vida. Sería deseable que proyectasen algún descanso junto con ellos para confortarse en el cuerpo y en el espíritu. Asimismo conviene que los visite frecuentemente no sólo en sus parroquias, sino también en sus casas, e incluso participe con ellos en reuniones de carácter familiar. El ideal sería formar con ellos un ambiente de verdadera vida de familia (4,9,24,28,43).

— Ha de atender a la constante renovación en el espíritu de los sacerdotes y religiosos (5), promover retiros espirituales organizados (44),

impulsar la oración que llene su vida (pues no es posible revestirse de Cristo "si el Padre no nos atrae"), con la lectura constante de la Sagrada Escritura (5), animarlos a participar personalmente en el misterio de Cristo sobre todo identificándose con él en la Eucaristía.

— Así también es necesario vigilar y ofrecer los medios para una permanente renovación intelectual. Por ello el Papa alaba los cursos de estudio encaminados a ponerse al día en todo cuanto puede ser útil para desenvolver mejor la misión, especialmente en lo que se refiere al ministerio de la Palabra; de manera que sean verdaderos maestros en la fe, atinados directores espirituales del pueblo, y fieles transmisores del mensaje evangélico (19,23,24,37,44).

— También ha de velar sobre los proyectos y actividades apostólicas de los religiosos, que éstos deben desarrollar en comunión con los planes pastorales de las diócesis y bajo la guía del prelado. El Papa subraya la importancia de la vida consagrada, para la comunidad eclesial. Por eso el obispo debe estar junto a los religiosos y religiosas para que conserven y sean fieles al carisma del propio instituto aprobado por la Iglesia (30,37,43,44,50)³.

— El Pastor debe también instar a los sacerdotes, religiosos y laicos "a comprometerse de manera evangélica y eclesial con los pobres. Será así como el amor de Cristo se hará vivo y operante entre ellos; y la común solicitud por los desprotegidos, lejos de debilitar la unidad eclesial, la fortalecerá cada vez más" (26).

— Muchas veces se pierden vocaciones preciosas, aun después de la ordenación sacerdotal, por descuidos posteriores; incluso de valiosos colaboradores en la evangelización. Por eso el obispo debe con solicitud paternal cuidar de la inspiración sobrenatural que guía la conducta y la interpretación del mensaje evangélico, de todos sus sacerdotes y religiosos (3,8).

— Finalmente apuntamos, aunque no de menor importancia por indicarla al último, la necesidad de que los prelados atiendan a la conveniente asistencia y seguridad social del clero. El Papa alaba y aprueba lo ya hecho hasta ahora, pero insiste en que los sacerdotes han de tener la posibilidad de llevar una vida humanamente digna y decorosa, aun desde el punto de vista material (23,37,44).

4.4. *Los seminaristas y estudiantes religiosos.* Es imposible que continúe el trabajo de la Iglesia sin los agentes cualificados, estables y

³ En sólo una ocasión recuerdo que el Papa haya hablado de la vida contemplativa: ésta es un válido servicio al Reino, en el silencio, la oración y la inmolación escondida, fuente de gracia para toda la Iglesia y para el mundo. Hay que sembrar la semilla de esta vocación en tantos jóvenes necesitados de paz y de esperanza, atormentados por la sed de Dios, ofreciéndoles en este tipo de vida la inspiración de la dimensión escatológica (50)

totalmente consagrados a la evangelización (4). He aquí por qué el cultivo de las vocaciones y la formación de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa han de constituir la prioridad absoluta del Pastor de una diócesis: sin ello estará arriesgando el futuro mismo de su Iglesia (*Passim*).

Es verdad que hasta ahora las Iglesias locales latinoamericanas han contado con la valiosa ayuda del exterior: la generosidad de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas que han ofrecido sus vidas a nuestros países ha sido hasta ahora irremplazable y grandemente meritoria. Pero en el fondo es precaria. El Papa agradece con frecuencia y de corazón el celo, la entrega, la generosidad de los extranjeros (23,28,31); pero afirma también que la Iglesia sólo estará firmemente establecida cuando esté basada en su propio clero. Con el tiempo las vocaciones con que el Señor nos bendice deberán también volcarse en la evangelización de otros continentes (35).

Hay que dar gracias a Dios por el resurgimiento de las vocaciones en casi todos nuestros países. Pero según el Sumo Pontífice no basta el aumento estadístico en números: es necesaria una mejor selección que redunde en la mayor calidad de los agentes de la evangelización (8,25,44). Es preferible tener menos colaboradores de calidad, que muchos mediocres. Por eso el obispo, junto con las comunidades cristianas, ha de dedicar sus mejores energías a los jóvenes candidatos (6) mediante una sólida y bien planeada pastoral juvenil, y un mejoramiento en las casas de formación.

1, 4, 6, 8, 4.4.1. *La pastoral vocacional* debe ser una obra de conjunto integrada en la totalidad de la pastoral diocesana. Ante todo se debe tener en cuenta que el llamamiento a un servicio eclesial no depende de nosotros, sino de "el Señor de la mies", y por tanto el primer paso en la pastoral de vocaciones ha de ser la oración perseverante, que nos haga caer en la cuenta permanentemente que ellas son un don (6,29,43).

En segundo lugar, que son un fruto de la madurez del laicado católico: he aquí por qué la pastoral de vocaciones no puede separarse de la pastoral de conjunto (4,42); ni nacen espontáneamente, sino en el seno de las familias animadas con un espíritu de fe, de caridad y de piedad, a las que se debe educar para que no sólo no obstaculicen los incipientes brotes vocacionales en los hijos, sino que los acojan con gozo y los cultiven: de ahí que tampoco pueda separarse la pastoral vocacional de la familiar, sino que aquélla debe madurar como un fruto de ésta (10, 20,23,29,37,38).

Finalmente se ha de incorporar, como hemos dicho arriba, a la pastoral de conjunto, ante todo advirtiendo que la mejor semilla de una vocación es el vivir los valores evangélicos en el seno de una comunidad

cristiana (1): "La comunidad diocesana, para su maduración orgánica, ha de engendrar en su propio seno las fuerzas vitales suficientes para el progreso espiritual de los fieles" (8). Para ello se han de incluir y envolver todos los ambientes de la Iglesia local: parroquia, familias, centros religiosos, escuelas y movimientos apostólicos (4,20,24,31,35,43), a nivel diocesano y aun nacional (4,37). Y el Santo Padre dice a los sacerdotes y religiosos que tales vocaciones son igualmente fruto del testimonio de entrega de las personas consagradas al servicio de Dios "fuertes en la fe, gozosos en la esperanza, ejemplares en el testimonio ante la grey" (19, cfr. 24).

Hay que añadir finalmente que, dadas las circunstancias particulares de nuestro Continente, Juan Pablo II apunta ocasionalmente la necesidad de atender de manera particular a las vocaciones adultas (4) y a aquéllas que surgen en tierras de misión (13).

Passim 4.4.2. *La formación de los candidatos* debe ser, junto con la anterior, una preocupación absolutamente prioritaria (3,5). Se ha de advertir que muchas veces la perseverancia misma de los agentes de la evangelización dependerá de la adecuada formación humana, espiritual y académica que hayan recibido (4).

Se ha de atender ante todo a una seria formación de la personalidad humana equilibrada, en un ambiente sencillo y acogedor, de amor, de ayuda mutua y de comunión sincera. Dado además que su trabajo apostólico deberá ser comunitario y en estrecha comunión con sus hermanos sacerdotes y con el obispo, es necesario que los candidatos se eduquen en un ambiente de comunidad, como lo ha indicado el nuevo Código de Derecho Canónico (18,25,44).

En cuanto al resto de la formación, ha de atender a todos los aspectos: espiritual, moral, intelectual, y a una vida disciplinada y de sacrificio, tan necesaria si ha de encarnarse en un pueblo que sufre, y para prepararse a afrontar tantas dificultades que presenta el mundo de hoy. Y finalmente poniéndose delante como meta no el propio desarrollo, sino la entrega al servicio de la salvación integral del Pueblo de Dios (4,27,28, 29,34,36,37,43,44). Aprendiendo desde el seminario a vivir las bienaventuranzas en una vida de completa dedicación a los demás, aprenderán a darse a un pueblo pobre y sufrido (18).

En cuanto a la formación espiritual, es necesario educarse para una intensa vida de oración personal, indispensable para perseverar en la opción radical por Cristo y por su causa que es el evangelio, siguiendo a Cristo que oró desde su entrada en el mundo hasta su muerte en la cruz. Sin ella no podrá perseverar en su trabajo sacerdotal. Ni es verdad el ataque insidioso de que la oración lleva al "intimismo" o que es "alienante": al contrario, la íntima amistad con Cristo lleva al cristiano a asimilar más profundamente sus criterios, y éstos lo impulsan a entregarse a los demás,

con miradas evangélicas, "en favor de los más pobres, de los marginados y de los oprimidos por la injusticia" (28). Esta es la respuesta que debe dar el candidato al ministerio, a un mundo secularizado y manipulado por el egoísmo y el consumismo. Me parece de grande importancia, respecto a este punto, la instrucción a un grupo de obispos de Colombia: el joven y la joven llamados a una consagración para el servicio eclesial descubrirán la belleza de su entrega en favor del mundo de hoy si se les enseña a responder a la ciudad secularizada con una profunda experiencia de Dios en Cristo, que se refleje en la entrega a los hermanos, especialmente a los más necesitados; a una sociedad materializada y consumista, con un amor desinteresado y la pobreza voluntaria; a una sociedad manipulada, con la convicción de que en la obediencia se encuentra el más elevado ejercicio de la libertad; a una sociedad víctima de ideologías, con el evangelio; a un pueblo donde reina el odio, con el amor del Padre manifestado en los más pobres, enfermos y marginados; a una sociedad llena de angustias, con la esperanza cristiana (43). Y observa el Pontífice que a la larga son los mismos jóvenes quienes rechazan los ideales que se les presentan, cuando éstos son desvalorizados evangélicamente. Por ello hay que ofrecerles una formación espiritual e intelectual en que puedan descubrir toda la belleza de su entrega, pero también, y de forma realista, todas sus exigencias (4,28). Como criterio para esto último, el eje de la formación espiritual deberá ser la asimilación de lo que es Jesucristo, como Maestro, Sacerdote y Pastor (25,28).

¿Cómo realizar un trabajo a la vez tan necesario y tan difícil? El Papa pide a los obispos cuatro cosas que conviene anotar, y que se encuentran dispersas en diversas alocuciones⁴:

— Es indispensable el contacto frecuente del obispo con los seminaristas y los jóvenes religiosos, mediante su presencia y el diálogo, para ayudarlos a que lo sientan como un verdadero Pastor cercano a ellos. Debe también ponerlos en contacto desde el principio con los problemas pastorales de la diócesis, y crear con ellos todas las condiciones favorables para la comunión con el obispo que les será indispensable en su futura misión evangelizadora (36,43).

— Será necesaria una cuidadosa selección y preparación de los formadores del seminario, tanto superiores como maestros. Para tal misión el obispo deberá nombrar a los mejores sacerdotes de su diócesis, por más que con frecuencia ello lo lleve a privarse de valiosos colaboradores en otros campos (25,26,27,32,37,44).

⁴ Será útil leer el discurso 44, dedicado íntegramente a la formación de los candidatos al sacerdocio. En el 49 el Papa anota la necesidad de que los futuros sacerdotes se formen desde el principio en el "sentir con la Iglesia", según la mente de *Presbyterorum Ordinis* 3.

— Se han de hacer frecuentes evaluaciones y balances de la formación que se ofrece en los seminarios, para poder reconocer los logros y defectos en el camino recorrido, en vistas a un constante progreso (36). Para ello habrá que seguir como válidas directrices las que ha señalado la Sagrada Congregación para la Educación Católica, así como las normas aprobadas por las Conferencias Episcopales (8,23,26,32,34,36,43).

— Finalmente Juan Pablo II invita a los obispos a estudiar las circunstancias concretas de cada región y país, de manera que, ahí donde no sea posible mantener centros de estudios eclesiásticos de verdadera calidad en la formación, se unan las diversas zonas y diócesis para una colaboración en este sentido, a nivel interdiocesano e incluso nacional. Hay que afrontar con honestidad las limitaciones locales, de manera que se manifieste de manera especial en la formación de los futuros agentes del evangelio, la participación de las provincias eclesiásticas y de las enteras Conferencias Episcopales, que en este caso deben actuar con criterios comunes para afrontar los problemas y los retos del futuro (8,14,23).

5. *Cómo evangelizar*

En esta sección trataré de distinguir los campos entre evangelización y catequesis, con las áreas afines a ambas. En la primera se proclama el mensaje fundamental del evangelio y se invita al hombre a responder en la fe, que transforma toda su vida personal (tanto en su dimensión individual como social). En la segunda se trata de educar en su fe a quien ha respondido positivamente al mensaje evangélico. Esta distinción es importante, porque, como el mismo Papa advierte, no raramente se ha cometido el error de querer catequizar a los bautizados, soñando, o presuponiendo ilusoriamente, que han sido ya evangelizados (29).

Punto de partida indispensable para la evangelización es el seguimiento de Cristo, como expresión fundamental de la fe, vivido hasta sus últimas consecuencias, en la vida del cristiano:

“El anuncio y celebración del misterio de Cristo han de hacerse vida, acción. Porque si es verdad que no se puede vivir como Cristo si no se vive en El, también es cierto que no se puede vivir en El si no se vive como El vivió, como El nos ha enseñado. El evangelio ha de ser, pues, norma de vida, garantía de un recto comportamiento ético personal y social; ha de ser exigencia de justicia y de misericordia, programa de reconciliación en la sociedad, estímulo hacia un nuevo orden en el que se promuevan los derechos de los hombres, hermanos nuestros” (30).

Esto exige del evangelizador un profundo espíritu de pobreza y libertad respecto a los poderes de este mundo, para anunciar con valentía la verdad de Jesucristo, con firme convicción de la fuerza transformadora del mensaje cristiano (29). Esa misma pobreza y libertad deben criticar las actitudes tomadas, para dejarse herir del evangelio, sin defensa alguna

de nuestra parte. Y esa apertura completa a la Palabra de Dios es la que ha de hacernos libres para distinguir qué corresponde y qué no, a la misión evangelizadora de la Iglesia, que debe proclamar la liberación integral del hombre en Jesucristo.

5.1. *La liberación integral del hombre.* Sobre este punto tan delicado, el Papa vuelve constantemente en sus alocuciones, en formas muy diversas:

o bien simplemente insinuando que los obispos
3, 8,10,11,16,27,28, de un país han sabido distinguir lo que es y lo
30,40,42,46,47,48 que no es misión de la Iglesia (3), o bien indi-
cando estos dos campos explícitamente. Ciertamen-

te parte del principio que evangelizar no consiste solamente en iluminar la inteligencia en forma teórica, sino también en conducir a la unidad profunda entre fe y vida, en el quehacer cotidiano individual y social, nacional e internacional (8,30). Pero es aquí precisamente donde pueden surgir ciertas peligrosas ambigüedades que requieren un necesario y delicado discernimiento a la luz del evangelio. Y es que la evangelización no tiene lugar en un mundo abstracto, ni se dirige a un hombre universal, sino a aquél que vive una historia concreta, y que en la América Latina con frecuencia se hace real en circunstancias especialmente dolorosas y de difícil discernimiento:

“Sé muy bien que tratáis de ejercer ese ministerio evangelizador en estrecho contacto con vuestros fieles y siguiendo de cerca las circunstancias concretas ambientales en las que se desarrolla su vida como cristianos. Ello os hace testigos de no pocas situaciones penosas, que derivan de la falta de formación moral y religiosa, de cultura, de trabajo, de lamentables condiciones de injusticia, en las que siguen aumentando las distancias entre quienes tienen en exceso y quienes carecen de lo esencial” (11)⁵.

Quizás sería más fácil tal discernimiento si dichas lamentables situaciones proviniesen de carencias “naturales”. Pero desgraciadamente “la pobreza no es, con frecuencia, solamente una etapa casual de situaciones ineluctables de factores naturales, sino también un producto de determinadas estructuras económicas, sociales y políticas” (47). En tan difíciles situaciones el distinguir qué corresponde y qué no toca a la Iglesia en su misión evangelizadora, es extremadamente arduo. Y el Papa no puede ofrecer una especie de “receta” universal, sino únicamente un principio general que luego cada Conferencia Episcopal prudentemente deberá encarnar en los casos particulares:

⁵ Dice a los obispos de Nicaragua: “Sois Pastores de un pueblo profundamente religioso, dolorido desde hace tanto tiempo a causa de injusticias, de frecuentes violaciones de sus derechos, de tensiones, de luchas fratricidas, que dejan tras sí tanto dolor, tantas vidas jóvenes tronchadas, tanto luto en las familias, tantos huecos trágicos en los corazones de los familiares, de los amigos, de la sociedad” (16).

“No es parte de la misión propia de la Iglesia imponer las reformas sociales o indicar las modalidades contingentes de su realización. Su deber es explicar los principios éticos que deben inspirar estas reformas, un deber que incide sobre todo en la renovación de las mentalidades y en la conversión de los espíritus, de las voluntades y de los corazones. Fruto de tal conversión será la reconciliación” (46).

Se adivina ya aquí entre líneas un principio fundamental que luego aflora en diversas ocasiones en múltiples maneras: el evangelio no puede identificarse con una técnica (cualquiera que fuese) para cambiar las estructuras. La Palabra del Señor se niega a reducirse a ello. Es en cambio un fuerte reclamo a la conversión del corazón, de todo aquello que es pecado y que incide necesariamente en la construcción de una sociedad según proyectos que no corresponden a los divinos sobre el hombre. Sí debe pues incidir el evangelio *necesariamente* en la construcción de una sociedad justa, *pero* no como una técnica o como una ideología que se limita a los elementos estructurales, sean éstos sociales, económicos o políticos. Por ello no basta que el Pastor se detenga en la fenomenología de los problemas que dificultan la evangelización, como un estudioso que se interesase en constatar los obstáculos que se le interponen; sino le toca buscar los remedios hasta donde le es posible, penetrando profundamente en las causas espirituales de ellos, como la falta de fe, de solidez en la adhesión a Cristo, de formación religiosa, y aun de fidelidad a la Iglesia (46).

“Pero en la fidelidad a su misión, sobre todo espiritual y religiosa, la Iglesia no puede no prestar atención a su deber de frente a los problemas que afligen al hombre y, sobre todo, a las situaciones que lo ofenden en su condición de persona humana y de hijo de Dios. En las regiones en las que fuisteis instituidos Pastores, inmensas muchedumbres humanas sufren —y en ellas Cristo revive en un cierto modo su pasión— el drama del subdesarrollo y de la emarginación en sus varios y escuálidos aspectos: desnutrición cuando no el verdadero y propio espectro del hambre, la enfermedad, la mortalidad infantil, etc., etc. Ante la tentación, no hipotética ni rara, de refugiarse en el fatalismo, he sentido el deber de dirigir a los pobres, los *alagados* de Salvador (de Bahía), un fuerte llamado: Dios no os quiere vilipendiados, sometidos a una vida infrahumana, sumergidos en la miseria. Dios os quiere creaturas humanas e hijos suyos, revestidos de la dignidad que ello trae consigo” (48).

En cuanto a los métodos para promover ese bien integral del hombre, el Papa recurre al principio de la dignidad humana, que exige ser salvaguardada con los criterios evangélicos, cuyo fundamento es el amor, del que proceden luego la unidad eclesial y la convivencia fraterna (8). Y para aplicarlo concretamente, los obispos cuentan con el valioso instrumento de la Doctrina Social de la Iglesia (9,10,50). Deben insistir en la sana moral pública, en la defensa del hombre ante las claras injusticias sociales, y en la justicia y equidad en las relaciones laborales (10) y en

todos los campos (11) sosteniendo las justas reivindicaciones de los sectores necesitados, como son los de obreros y campesinos, en una línea de verdadero humanismo cristiano (12,14) ⁶.

A este punto conviene conocer la mente del Papa respecto a un asunto en que a veces chocan ciertas mentalidades. Hay quienes querrían ver como la única obra propia del cristiano la reforma de las estructuras. Con frecuencia quienes piensan así critican duramente las "obras de misericordia" como insuficientes; quisieran acabar con ellas en la pastoral de la Iglesia, calificándolas, por ejemplo, de meras "obras asistenciales". En un claro discurso a un grupo de obispos del Brasil el Papa trata este asunto, y reconoce que no basta satisfacer las necesidades humanas inmediatas para lograr un cambio social, si no hay también una conversión de mentalidades y una permanente transformación de las estructuras económicas y sociales. *Sin embargo* los *pobres concretos* acuden a nosotros en muchas circunstancias particulares con sus necesidades urgentes e inmediatas: no tenemos derecho de posponer la ayuda para cuando algún día cambien las mentalidades y las estructuras. Ahí, en esa respuesta de momento, las obras de caridad de la Iglesia "continúan teniendo un amplio espacio y un puesto insustituible como subsidio y con la coordinación con las obras de asistencia oficial" (47). En efecto, el cap. 25 de Mateo debe ser siempre actual en su "lectura objetiva. La misma Iglesia renegaría de algo de su historia, y rompería una tradición ininterrumpida, si dejase de ejercitar la caridad y la asistencia en modo concreto". Se deben ejercitar pues tales obras, mas reconociendo por una parte que no son suficientes para resolver a fondo los problemas; pero por otra parte que, además de ser un signo de amor cristiano, ellas colaboran positivamente a crear entre los hombres de buena voluntad aquel sentido de comunión y participación necesario como base honda para poder reconstruir una sociedad justa para todos; y el sentido de la hermandad, fundamental para formar la familia humana (Ibid).

5.2. *La catequesis* debe seguir inmediatamente la evangelización, junto con la cual ha de formar una unidad en la solicitud pastoral del obispo (11,46), a quien corresponde por vocación ser el primer catequista, y como tal responsable de la catequesis en su diócesis (31). La catequesis es indispensable, sobre todo en un pueblo en el que tanta educación falta en todos los sectores. Se necesita no solamente creer fundamentalmente en Cristo, sino vivir una fe educada que sepa lo que cree, y que

⁶ En una ocasión el Papa habla de la *denuncia profética* de la miseria y la opresión en referencia al último Sínodo, *Relación final*, II,D,6. Debe hacerse siempre según el significado que ésta tiene en el Nuevo Testamento, y en cuanto se participa hoy del ministerio profético de Cristo; lo cual supone que se hace en el marco de los dones y carismas del Espíritu, y en el contexto de la actual economía salvífica. No es posible aceptar lo que de manera sólo "nominalista" se llama a veces "denuncia profética". Para que sea verdaderamente cristiana, ésta debe ser conforme a la guía de Puebla, nn. 377 ss. Es decir, tal denuncia debe provenir del espíritu de verdadera fe, de un discernimiento eclesial, y con la prontitud de someter el propio juicio al de la comunidad (50).

viva como cree. De ahí que la catequesis haya de abrazar tanto el campo doctrinal de la fe como el de la moral:

“Hacer una catequesis más sistemática será evidentemente más fácil cuanto vayan siendo superados el analfabetismo y la ignorancia profana; pero no está ligada a esto. El pueblo deberá adquirir una fe más sólida, una piedad más educada, que le ayudará a defenderse de los lazos de la superstición y de los cultos ambiguos, mágicos o insuficientemente distintos de la fatalidad respecto a los elementos naturalistas, errores de los que Cristo ha librado a sus discípulos. Así también puede ser superada la tentación de las sectas que no conocen la plenitud católica. (...) La profundización doctrinal y la reflexión religiosa permitirán poner mejor en práctica las costumbres de la vida nueva tan bien descritas por San Pablo como corolarios de la fe, en la vida familiar, profesional y social” (18).

Pero sería un error reducir el campo de la catequesis solamente a los niños, mucho menos si ésta se limita a prepararlos para la recepción de los sacramentos.

“Es necesario acompañar al joven durante las diversas etapas de su desarrollo intelectual, para que en la Sagrada Escritura, en la Catequesis y en la Ética Social Cristiana pueda encontrar la solución que ofrecen Cristo y su Iglesia a los problemas individuales y sociales” (22, cfr. 51).

La catequesis debe seguir las diversas etapas de la vida, de manera orgánica y sistemática, ofreciendo gradualmente todos los elementos necesarios para vivir integralmente la fe. No podrán pues omitirse los contenidos centrales de la doctrina, de la vida cristiana práctica, del compromiso apostólico y del indispensable dinamismo social (29).

5.3. *Las comunidades de base* son un elemento legítimo y valioso para la evangelización, cuando se fundan en las directivas de Puebla (n. 1145) y de la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii Nuntiandi* (n. 58). Sólo una vez, que yo recuerde, el Papa ha hablado un poco más ampliamente a los obispos sobre este tema. A los obispos de Ecuador agradece que hayan mantenido una línea firme y equilibrada en la acción pastoral, en la cual se da un lugar justo a la opción preferencial por los pobres, y se adoptan las iniciativas pastorales convenientes, incluidas las comunidades de base. Pero los invita a estar al tanto de los riesgos que en ocasiones éstas podrían correr, según Puebla misma lo advierte, si se llegasen a convertir en gérmenes de desunión al interno de la Iglesia. Por ello los pastores deben estar atentos a coordinarlas especialmente en aquello que toca las iniciativas de evangelización y promoción humana. Si dichas comunidades trabajan en íntima comunión con la jerarquía, entonces se deben aceptar sin preocupación alguna (32).

5.4. *La educación* es un campo de acción pastoral que tiene una

8, 9,14,15,19,22,23,31,32, 33,34,35,37,38,41,43,46,48

íntima connaturalidad con la misión evangelizadora de la Iglesia: es una "revolución del amor" que logra una verdadera liberación "con el libro y con la pluma" (48). Se realiza en diversos niveles, todos ellos necesarios:

5.4.1. *La alfabetización.* La lucha contra el analfabetismo, tan generalizado por desgracia en tantas regiones, junto con la educación y cultura básicas, son el fundamento para una verdadera y auténtica liberación y reforma de las estructuras. Es un servicio valiosísimo y aun indispensable que la Iglesia puede ofrecer a una enorme multitud de hermanos marginados. Sólo se deberá tener gran cuidado de no utilizarla como un instrumento de ideologización o de una socio-politización que manipule la capacidad de discernimiento para las opciones personales. Un uso de tal naturaleza sería inmoral y antievangélico, porque ya no serviría de medio para una verdadera liberación, sino crearía un nuevo tipo de esclavitud revestida con el ropaje de la liberación (48).

5.4.2. *La educación formal* en sus distintos grados: el Papa considera un error lamentable pretender abandonar las instituciones educativas por apostolados aparentemente más rentables o más fructuosos a corto plazo. Si bien reconoce que se debe evaluar constantemente el apostolado educacional y su ejercicio en las escuelas de los diversos niveles, para que de verdad correspondan a nuestra misión evangelizadora. Por eso, contemplando el bien universal de la Iglesia, afirma que no se puede, con fáciles pretextos, renunciar a este apostolado. Por el contrario, han de buscarse las vocaciones al magisterio entre los laicos y religiosos, para ofrecerles una competente formación cristiana, académica y pedagógica. Además se deben elaborar y difundir libros y material didáctico de calidad (34).

"Sería muy lamentable, si con excusas de apostolado que se creen más rentables, se abandonaran las posibilidades de educar personas completas, jóvenes integrales, que nos ofrecen las instituciones educativas de la Iglesia. Ciertamente ellas deberán ser reformadas —cuando sea necesario— para que respondan a finalidades evangélicas y de apertura a todos, pero no dejemos fácilmente instrumentos que tantos bienes humanos, sociales y cristianos han producido, cuando los sabemos emplear adecuadamente. Es un importante servicio que podemos prestar a la sociedad y a la Iglesia actual" (9).

Para ello será necesario elaborar proyectos sólidos, por parte de toda la comunidad educativa (e incluidos desde luego como los más importantes educadores los mismos padres de familia) en que se exprese qué tipo de hombre se pretende formar, y tomando en cuenta que todos los formadores han de ser, en su propia medida, "testigos de la fe" (34). De ahí que no solamente se deban mantener (revisándolas en sus fines y en sus métodos) las escuelas ya existentes, sino en la medida de las posibilidades

de la Iglesia en cada región se han de abrir tales centros educativos donde aún no los hay (24,38).

Pero ya que no todos los jóvenes cristianos pueden asistir a tales escuelas, es necesario proveer de manera que quienes estudian en instituciones educativas públicas puedan tener acceso a la formación cristiana y religiosa (35), incluso en las mismas escuelas del estado ahí donde fuese posible, sólo atendiendo a que la educación religiosa de los jóvenes corresponda a una pastoral orgánica y gradual, y armonizada con el proyecto diocesano.

Finalmente Juan Pablo II elogia y agradece el servicio de las Universidades católicas (38) y estimula a los pastores a elaborar una pastoral universitaria bien organizada, en forma colegial, y como responsabilidad común, estableciendo capellanías universitarias encargadas a equipos especializados en este tipo de trabajo, escogidos entre personal de reconocida competencia, que tengan sus orientaciones doctrinales de acuerdo a la enseñanza de la Iglesia, y que trabajen en íntima unión con la jerarquía.

5.4.3. *Evangelización y cultura.* Es también parte de nuestro ministerio iluminar a los hombres de cultura, ciencia, técnica, y a los responsables del bien común, para que el evangelio promueva e ilumine el progreso integral de los pueblos, que sin tal guía fácilmente podría volverse contra el hombre que se pretende liberar (8). El fin a perseguir sería la evangelización de la cultura, que se arraigue en el contexto socio-económico y político en concreto, a partir de la Palabra de Dios y en comunión con la Iglesia universal. La inspiración de las culturas con el espíritu de Cristo las transformará en culturas de amor. Sólo se ha de estar atento para no confundir la fe con un simple valor cultural entre tantos otros. La fe trasciende esos valores, e incluso, puesto que es respuesta a la Palabra revelada, debe servir como criterio de juicio para discernir cuáles de ellos corresponden verdaderamente al proyecto de Dios sobre el hombre (19,37,41,43).

Hay otro aspecto íntimamente ligado a éste, y es el de la inculturación en la proclamación del evangelio. Se requiere mucha sensibilidad y fineza para encontrar en las culturas populares aquellos elementos de genuino valor humano, verdaderas "semillas del Verbo", en los que encarnar el trabajo evangelizador (31,35), trabajo mucho más urgente ahí donde se pretende secularizar la cultura con un laicismo imperante que impone concepciones ideológicas inválidas, y una falsa evaluación de la vida (38). La profundización en tal discernimiento ayudará a excluir toda forma de sincretismo y particularismo ficticio y desviante (46) y a no confundir evangelización con inculturación, pues

"ambas realidades son distintas e independientes; pero al mismo tiempo no faltan elementos que las ponen en una estrecha relación,

ya que son personas vivas y vinculadas a una determinada cultura las que viven el evangelio, y por ello la Buena Nueva ha de permear las culturas de los hombres a los cuales se anuncia el mensaje de salvación" (41).

5.5. *Los medios de comunicación social.* Muy poco he encontrado sobre este punto. Apenas dos párrafos en que el Papa muestra su complacencia a los obispos de Colombia y Ecuador por los proyectos de evangelización mediante la radio. Reconoce la calidad técnica y la solidez de los programas, y anima a los pastores a continuar por esa línea, poniendo la técnica al servicio de la irradiación de la fe salvadora, y para ofrecer educación, cultura y promoción humana a quienes más carecen de ellas, y finalmente para defender los valores de la familia (14,32).

5.6. *La vida religiosa cristiana*

El Papa constata en diversas ocasiones que la práctica de la vida religiosa en América Latina ha progresado en los últimos tiempos (1), y además, hablando a los obispos de Brasil, les dice (lo que podría ser común a los otros países), que el nuestro "es un pueblo dotado de un alma profundamente religiosa, con sed y hambre de Dios, y abierto a los valores espirituales" (48).

5.6.1. *Vida sacramental.* El Santo Padre invita a los obispos a fomentar la vida litúrgica y la participación en la vida sacramental de la Iglesia: la eucaristía, la reconciliación, la unción de los enfermos... (30,33,35,38). Porque sin la gracia que fluye de los sacramentos, la evangelización sería estéril y vacía (33). Y como estos medios de gracia deben conferirse en el contexto de la evangelización, será necesario equilibrar de manera justa el derecho que tienen los fieles a recibirlos, con la exigencia de una conveniente preparación (34).

En particular sobre la misa dominical, el Pontífice subraya las múltiples razones por las que parece necesaria para mantener viva la fe de los cristianos; pero al mismo tiempo indica que no puede presentarse a los fieles como una simple obligación; sino educándolos en la necesidad de unirse al Padre por Jesucristo, y ayudándolos a no separar la vida sacramental del empeño por la existencia de todos los días, de manera que la santa misa sostenga y santifique el trabajo de toda la semana (2,33).

Al bendecir los trabajos del Congreso Eucarístico Nacional de Argentina nos dice que la presencia real de Cristo en el altar del sacrificio ha de ser el centro de la vida de todos los miembros de la comunidad eclesial, y debe llegar hasta penetrar todos los tejidos de la sociedad, para que los cristianos alimentados por este sacramento transformen el mundo. Y en ello pone el centro de la evangelización, de la catequesis y de toda la vida de la Iglesia. De ahí ha de partir la renovación de toda la sociedad, empezando por la justicia en favor de todos, especialmente de los más necesitados (36).

En cuanto al sacramento de la reconciliación recomienda que se sigan las orientaciones de la exhortación apostólica *Reconciliatio et Paenitentia* (51). Y además indica que, según la mente del Sínodo de 1983, es preciso empezar por la formación de los sacerdotes, de manera que aprecien la belleza, la urgencia y la dignidad de este sacramento. Los fieles tienen el derecho de ser acogidos en la gracia de la penitencia, de la que reciben luz en su vida cristiana, consuelo, estímulo, orientación y perdón. Es también fuente de santidad para el confesor que ejercita este ministerio pastoral. Se debe evitar todo abuso en las absoluciones colectivas, donde el amor personal de cada fiel queda menos manifiesto, y en las que no se reconoce suficientemente “el drama personal e intransferible, para el que no pueden servir consejos generales y directrices anónimas” (25)⁷.

Finalmente toca al obispo velar por la unidad litúrgica, no permitiendo que los grupos hagan sus celebraciones al margen de las normas de la Iglesia, guiados por su propia inspiración, sobre todo en la eucaristía: “Presidiendo el propio presbiterio, el obispo deberá mostrarse claro y firme en mantener la sana doctrina y en la observancia de las normas tanto jurídicas como litúrgicas y pastorales” (44, cfr. 38,39).

5.6.2. *La religiosidad popular* y las devociones son “la memoria cristiana de nuestro pueblo” (19). En muchas ocasiones se trata de una manera de asimilar la fe, muy profunda, que viene desde 12,14,17,19,22, la primera evangelización de nuestro Continente; en sí 25,30,31,35 mismas muy positivas, es preciso sin embargo reconocer que no han sido totalmente evangelizadas. Por ello es necesario proseguir la obra de aquellos misioneros (17,19), orientando todas las devociones y prácticas de la religiosidad popular a la participación sacramental plena (17,19,22,30). No hay que despreciar pues este elemento; sino discernir sus valores para que, como base firme, sobre ellos se pueda construir una más completa evangelización. Se ha de purificar en lo necesario el sustrato positivo, discerniendo con delicadeza y prudencia los elementos que expresan una verdadera fe. Evangelizar la religiosidad popular no quiere decir pues acabar con ella, sino “enriquecerla de contenidos salvíficos portadores del misterio de Cristo y del evangelio” (31, cfr. 12,14,35):

“En aquellos casos en los que la fe cristiana se presenta mezclada a formas menos perfectas de religiosidad popular, se impone un prudente criterio pastoral, para no apagar la fe más o menos auténtica, sino —partiendo de ella— purificarla, robustecerla e integrarla gradualmente en la vivencia consciente del misterio integral de Cristo” (12).

⁷A un grupo de obispos del Brasil pide que se evite el abuso doctrinal de quienes afirman que la eucaristía borra el pecado mortal independientemente del sacramento de la reconciliación. Es verdad que como memorial de la cruz, la misa es fuente de todas las gracias. Pero según la tradición de la Iglesia, quienes hubiesen pecado mortalmente han de reconciliarse primero con el Señor mediante el sacramento de la penitencia, antes de recibir la eucaristía. (51).

6. *Orientaciones a Iglesias particulares*

Añado finalmnte (con un fin ilustrativo, pues no se trata de orientaciones pastorales para todo nuestro Continente), ciertos temas que el Papa afrontó ante algunos grupos, y de alcance más limitado. Los expongo por orden cronológico:

— A los obispos de las Antillas recomienda trabajar por la unidad ecuménica. La base debe ser la fe en la Trinidad y la unidad en nuestro ministerio, y ello en respuesta al mandato de la caridad, que nos pide construir una comunidad de amor. La manera de procurarla ha de partir de la oración privada y pública por este fin, ya que la unidad es fruto de la gracia. Pero no serían justas ninguna de estas dos vías: o renunciar a la integridad y a la pureza en la predicación de la doctrina, o celebrar la intercomuni6n ahí donde no hay unidad de fe (2,33).

— Agradece a los obispos chilenos y argentinos su colaboraci6n para resolver pacíficamente el conflicto de límites entre ambos países, que invitaron al Papa mismo como mediador (8, 10, 31, 36).

— A las circunscripciones misioneras de Colombia: el Papa ansía que se realicen lo más pronto posible las condiciones necesarias para que puedan llegar a ser diócesis. Entretanto será oportuno que reciban el apoyo de las diócesis más prósperas (13).

— Alienta a los obispos de la Rep. Dominicana a preparar la celebraci6n del V centenario del descubrimiento de América y de los inicios de la evangelizaci6n, renovando para completarla aquella misi6n evangelizadora aún no terminada (17).

— Impulsa a los obispos de Cuba a luchar por defender el principio de la libertad religiosa y el derecho de las personas y familias a una educaci6n ética, cívica y religiosa, de acuerdo con esa libertad. También la Iglesia necesita un ámbito de libertad "para contribuir en la causa del bienestar y a las aspiraciones profundas de su pueblo, del que se sabe gozosamente parte y colaboradora, desde su misi6n propia" (19).

— A los obispos de Honduras expresa su deseo de que los acuerdos de Contadora sean efectivos para reducir las tensiones en Centroamérica, a fin de que pueda establecerse un proceso de pacificaci6n sobre bases firmes (20).

— Alaba el ejemplo de Costa Rica, que ha renunciado a la instituci6n del ejército, y constantemente colabora en favor de la paz (26).

— Se congratula con los obispos de Ecuador por la superaci6n, en su país, de una mentalidad laicista que les impedía ofrecer los servicios pastorales y la evangelizaci6n a los elementos del servicio público (32).

— A dos grupos de obispos brasileños el Sumo Pontífice indica la riqueza que significa para sus diócesis (junto a los consiguientes problemas) la composici6n étnica pluralista (39,43).

— A otro grupo del Brasil recomienda el cuidado por el patrimonio artístico de la Iglesia, que en esa regi6n supo traducir en el estilo barroco

“la emoción y exaltación religiosa, mediante la reflexión en los libros sagrados y las vicisitudes de la vida humana”: hay que protegerlo como un patrimonio histórico de la fe, inspirador de las nuevas generaciones (51).

Para concluir deseo brevemente indicar que el Papa no ha agotado las orientaciones pastorales que necesita nuestro Continente, ni ha tocado todos los problemas que nos exigen una respuesta en Jesucristo. Pero sí nos ha trazado, con mano firme y clara, algunas de las rutas a seguir. Al mostrar así su preocupación de Pastor que mira por todas las Iglesias, no nos ha eximido del deber de discernir y juzgar los casos particulares, trabajo que requiere la madurez de la Iglesia a nivel comunitario local. Por tal motivo estas rutas aquí trazadas, por más que gocen de la autoridad del magisterio del Pastor supremo de la Iglesia, no son ocasión para gloriarnos de que el camino está bien trazado; sino un reclamo a nuestra responsabilidad para seguirlo, sabiendo afrontar a cada instante concreto los incidentes del camino.

A P E N D I C E

Alocuciones en las visitas “ad limina” de los obispos de los siguientes países o regiones:

1. Honduras (23.XI.78). AAS 71 (1979) 40-42.
2. Antillas (7.V.79). AAS 71 (1979) 670-675*.
3. Uruguay (26.V.79). AAS 71 (1979) 685-687.
4. Colombia (6.VII.79). AAS 71 (1979) 1014-1017.
5. Argentina (24.IX.79). AAS 71 (1979) 1405-1408.
6. Paraguay (25.IX.79). AAS 71 (1979) 1408-1410.
7. Colombia (id). AAS 71 (1979) 1410-1413.
8. Chile (13.X.79). AAS 71 (1979) 1413-1418.
9. Perú (20.X.79). AAS 71 (1979) 1418-1422.
10. Argentina (28.X.79). AAS 71 (1979) 1436-1441.
11. Colombia (29.XI.79). AAS 71 (1979) 1441-1443.
12. México (30.X.79). AAS 71 (1979) 1444-1447.
13. Colombia (20.XI.79). AAS 71 (1979) 1482-1485.
14. Ecuador (11.XII.79). AAS 71 (1979) 1524-1528.
15. Bolivia (13.XI.80). AAS 72 (1980) 1238-1241.
16. Nicaragua (16.V.83). AAS 75 (1983) 820-823.
17. Rep. Dominicana (27.V.83). AAS 75 (1983) 836-838.
18. Haití (11.VI.83). AAS 75 (1983) 1035-1039.
19. Cuba (30.VI.83). AAS 75 (1983) 1047-1052.

* Incluyo los episcopados de las Antillas y del Caribe. Cuando el original de los discursos a ellos dirigidos está en francés o inglés (así como cuando está en portugués, para los obispos del Brasil), la traducción es mía. Me excuso si por una involuntaria distracción he quizás omitido alguna alocución, a pesar de haber puesto el mayor cuidado.

20. Honduras (29.IX.83). AAS 76 (1984) 129-133.
21. México (1.X.83). AAS 76 (1984) 361-364.
22. México (28.X.83). AAS 76 (1984) 373-377.
23. Panamá (17.XI.83). AAS 76 (1984) 406-410.
24. Puerto Rico (24.XI.83). AAS 76 (1984) 440-445.
25. México (2.XII.83). AAS 76 (1984) 449-453.
26. Costa Rica (26.I.84). AAS 76 (1984) 597-602.
27. Rep. del Salvador (24.II.84). AAS 76 (1984) 656-661.
28. Perú (24.V.84). AAS 76 (1984) 789-794.
29. Venezuela (30.VIII.84). AAS 76 (1984) 1067-1072.
30. Perú (4.X.84). AAS 77 (1985) 127-133.
31. Chile (19.X.84). AAS 77 (1985) 149-154.
32. Ecuador (23.X.84). AAS 77 (1985) 313-319.
33. Antillas (27.X.84). AAS 77 (1985) 319-322.
34. Chile (8.XI.84). AAS 77 (1985) 365-371.
35. Paraguay (15.XI.85). AAS 77 (1985) 371-376.
36. Argentina (1.XII.84). AAS 77 (1985) 487-491.
37. Bolivia (7.XII.84). AAS 77 (1985) 491-496.
38. Uruguay (14.I.85). AAS 77 (1985) 657-662.
39. Brasil (16.II.85). AAS 77 (1985) 814-819.
40. Colombia (22.II.85). OR CXXV/45 (23.II.1985) 5*.
41. Colombia (9.III.85). OR CXXV/58 (10.III.1985) 4.
42. Brasil (29.IV.85). AAS 77 (1985) 461-464.
43. Colombia (7.V.85). OR CXXV/115 (8.V.1985) 5.
44. Brasil (4.VI.85). OR CXXV/128 (5.VI.1985) 5.
45. Colombia (11.VI.85). OR CXXV/133 (12.VI.1985) 5.
46. Brasil (24.VI.85). OR CXXV/144 (24.VI.1985) 5.
47. Brasil (17.IX.85). OR CXXV/216 (18.IX.1985) 4.
48. Brasil (30.IX.85). OR CXXV/227 (30.IX.1985) 6.
49. Brasil (17.I.86). OR CXXVI/15 (18.I.1986) 4.
50. Brasil (1.III.86). OR CXXVI/53 (2.III.1986) 5.
51. Brasil (8.III.86). OR CXXVI/59 (9.III.1986) 4.

* En el momento de escribir este artículo aún no se publican en AAS todas las alocuciones a partir de 16.II.85. Tomo los discursos del *Osservatore Romano*.